

**"LA CULTURA ARGENTINA"**

---

**ESTEBAN ECHEVERRÍA**

---

# **La Cautiva**

---

## **La Guitarra = Elvira**

---

Textos completos, precedidos por un estudio crítico de  
**PEDRO GOYENA**



**BUENOS AIRES**

**«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646**

**1916**

## La cautiva

---

—Female hearts are such a genial soil  
For kinder feelings, whatsoe'er their nation,  
They naturally pour the "wine and oil"  
Samaritans in every situation.

BYRON.

En todo clima el corazón de la mujer es  
tierra fértil en afectos generosos;—ellas en  
cualquier circunstancia de la vida saben,  
como la Samaritana, prodigar el óleo y el  
vino.

## PRIMERA PARTE

---

### EL DESIERTO

Ils vont. L'espace est grand.

HUGO.

Era la tarde, y la hora  
En que el sol la cresta dora  
De los Andes.—El Desierto  
Incommensurable, abierto,  
Y misterioso a sus pies  
Se extiende;—triste el semblante,  
Solitario y taciturno  
Como el mar, cuando un instante  
Al crepúsculo nocturno,  
Pone rienda a su altivez.

Jira en vano, reconcentra  
Su inmensidad, y no encuentra

La vista, en su vivo anhelo,  
Do fijar su fugaz vuelo,  
Como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
Del ave y bruto guaridas,  
Doquier cielo y soledades  
De Dios sólo conocidas.  
Que él sólo puede sondar.

A veces la tribu errante  
Sobre el potro rozagante,  
Cuyas crines altaneras  
Flotan al viento ligeras,  
Lo cruza cual torbellino,  
Y pasa; o su toldería (1)  
Sobre la grama frondosa  
Asienta, esperando el día  
Duerme, tranquila reposa,  
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,  
Sublimes y a par sencillas,  
Sembró la fecunda mano  
De Dios allí!—¡Cuánto arcano

---

(1) Toldería: el conjunto de chozas o el aduar del salvaje.

Que no es dado al mundo ver!  
La humilde yerba, el insecto,  
La aura aromática y pura;  
El silencio, el triste aspecto  
De la grandiosa llanura,  
El pálido anochecer.

Las armonías del viento,  
Dicen más al pensamiento,  
Que todo cuanto a porfía  
La vana filosofía  
Pretende altiva enseñar.  
¡Qué pincel podrá pintarlas  
Sin deslucir su belleza!  
¡Qué lengua humana alabarlas!  
Sólo el genio su grandeza  
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente  
Reclinaba en occidente,  
Derramando por la esfera  
De su rubia cabellera  
El desmayado fulgor.  
Serenó y diáfano el cielo,  
Sobre la gala verdosa  
De la llanura, azul velo

Esparcía, misteriosa  
Sombra dando a su color.

El aura moviendo apenas,  
Sus olas de aroma llenas,  
Entre la yerba bullía  
Del campo que parecía  
Como un piélago ondear.  
Y la tierra contemplando  
Del astro rey la partida  
Callaba, manifestando,  
Como en una despedida,  
En su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero  
Relinchaba un bruto fiero  
Aquí o allá, en la campaña;  
Bramaba un toro de saña,  
Rugía un tigre feroz:  
O las nubes contemplando,  
Como estático y gozoso,  
El yajá (1) de cuando en cuando

---

(1) El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

El "yahá" justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón

Turbaba el mudo reposo  
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
Que el vasto horizonte ardía:  
La silenciosa llanura  
Fué quedando más obscura,  
Más pardo el cielo, y en él,  
Con luz trémula brillaba  
Una que otra estrella, y luego  
A los ojos se ocultaba,  
Como vacilante fuego  
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,  
Con su claroscuro manto,  
Veló la tierra; una faja  
Negra como una mortaja,  
El occidente cubrió:

---

colorado duro y fuerte con que pelea... En su canto repiten estas voces, "yahá", "yahá", que significa en guaraní "vamos", "vamos", de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir "yahá", "yahá", como si dijeran: "vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas." Los que saben esta propiedad de el "yahá" luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...

En la provincia se llama "chajá" o "yajá" indistintamente.

Mientras la noche bajando  
Lenta venía, la calma  
Que contempla suspirando,  
Inquieta a veces el alma,  
Con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido,  
Que suele hacer el tronido  
Cuando retumba lejano,  
Se oyó en el tranquilo llano  
Sordo y confuso clamor;  
Se perdió... y luego violento,  
Como baladro espantoso  
De turba inmensa, en el viento  
Se dilató sonoro,  
Dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
Del ágil potro arrogante  
El duro suelo temblaba,  
Y envuelto en polvo cruzaba  
Como animado tropel,  
Velozmente cabalgando;  
Víanse lanzas agudas,  
Cabezas, crines ondeando,  
Y como formas desnudas  
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
Con su alarido perturba,  
Las calladas soledades  
De Dios, do las tempestades  
Sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
Se atreve a hollar el desierto  
Cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
En sus yermos a buscar?

¡Oíd!—Ya se acerca el bando  
De salvajes atronando  
Todo el campo convecino;  
¡Mirad!—Como torbellino  
Hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
Del bruto que arroja espuma;  
Vaga al viento su melena,  
Y con ligereza suma  
Pasa en ademán atroz

¿Dónde va? de dónde viene?  
¿De qué su gozo proviene?  
¿Por qué grita, corre, vuela  
Clavando al bruto la espuela,

Sin mirar al rededor?  
¡Ved, que las puntas ufanas  
De sus lanzas, por despojos,  
Llevan cabezas humanas,  
Cuyos inflamados ojos  
Respiran aún furor!

Así el bárbaro hace ultraje  
Al indomable coraje  
Que abatió su alevosía;  
Y su rencor todavía  
Mira con torpe placer,  
Las cabezas que cortaron  
Sus inhumanos cuchillos,  
Exclamando:—"ya pagaron  
Del cristiano los caudillos  
El feudo a nuestro poder.

Y los ranchos (1) do vivieron  
Presa de las llamas fueron,  
Y muerde el polvo abatida  
Su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy del vituperio,

---

(1) Ranchos, cabañas pajizas de nuestros campos.

Sus mujeres, sus infantes,  
Que gimen en cautiverio,  
A libertar, y como antes  
Nuestran lanzas probarán."

Tal decía; y bajo el callo  
Del indómito caballo,  
Crujiendo el suelo temblaba;  
Hueco y sordo retumbaba  
Su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
El rostro en manto nubloso,  
Echó en el vasto desierto,  
Su silencio pavoroso,  
Su sombría majestad.

---

## SEGUNDA PARTE

---

### EL FESTIN

.....orribili favelle,  
Parole di dolore, accenti d'ira,  
Voci alte e fioche, e suon di man con elle  
Facevan un tumulto.....

DANTE.

Noche es el vasto horizonte,  
Noche el aire, cielo y tierra.  
Parece haber apiñado  
El genio de las tinieblas,  
Para algún misterio inmundo,  
Sobre la llanura inmensa,  
La lóbreguez del abismo  
Donde inalterable reina.  
Sólo inquietos divagando,  
Por entre las sombras negras,  
Los espíritus foletos

Con viva luz reverberan,  
Se disipan, reaparecen,  
Vienen; van, brillan, se alejan,  
Mientras el insecto chilla,  
Y en fachinales (1) o cuevas  
Los nocturnos animales  
Con triste aullido se quejan.  
La tribu aleve entretanto,  
Allá en la pampa desierta,  
Donde el cristiano atrevido  
Jamás estampa la huella,  
Ha reprimido del bruto  
La estrepitosa carrera;  
Y campo tiene fecundo  
Al pie de una loma extensa,  
Lugar hermoso do a veces  
Sus tolдерías asienta.  
Feliz la maloca (2) ha sido;  
Rica y de estima la presa  
Que arrebató a los cristianos:—  
Caballos, potros y yeguas,  
Bienes que en su vida errante

---

(1) Llámense así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

(2) Maloca: lo mismo que incursión o correría.

Ella más que el oro precia;  
Muchedumbre de cautivas,  
Todas jóvenes y bellas.  
Sus caballos, en manadas,  
Pacen la fragante yerba;  
Y al lazo, algunos prendidos,  
A la pica, o la manea,  
De sus indolentes amos  
El grito de alarma esperan.  
Y no lejos de la turba,  
Que charla ufana y hambrienta,  
Atado entre cuatro lanzas  
Como víctima en reserva,  
Noble espíritu valiente  
Mira vacilar su estrella;  
Al paso que su infortunio,  
Sin esperanza, lamentan  
Rememorando su hogar,  
Los infantes y las hembras.  
Arden ya en medio del campo  
Cuatro extendidas hogueras,  
Cuyas vivas llamaradas  
Irradiando, colorean  
El tenebroso recinto  
Donde la chusma hormiguea.

En torno al fuego sentados  
Unos lo atizan y ceban;  
Otros la jugosa carne  
Al rescoldo o llama tuestan,  
Aquel come, este destriza,  
Más allá alguno degüella  
Con afilado cuchillo  
La yegua al lazo sujeta,  
Y a la boca de la herida,  
Por donde ronca y resuella,  
Y a borbollones arroja  
La caliente sangre fuera,  
En pie, trémula y convulsa,  
Dos o tres indios se pegan,  
Como sedientos vampiros,  
Sorben, chupan, saborean  
La sangre, haciendo mormullo,  
Y de sangre se rellenan,  
Baja el pescuezo, vacila,  
Y se desploma la yegua  
Con aplauso de las indias  
Que a descuartizarla empiezan.  
Arden en medio del campo,  
Con viva luz las hogueras;  
Sopla el viento de la pampa,

Y el humo y las chispas vuelan.  
A la charla interrumpida,  
Cuando el hambre está repleta,  
Sigue el cordial regocijo,  
El beberaje y la gresca,  
Que apetecen los varones,  
Y las mujeres detestan.  
El licor espirituoso  
En grandes bacías echan,  
Y, tendidos de barriga  
En derredor, la cabeza  
Meten sedientos, y apuran  
El apetecido néctar,  
Que bien pronto los convierte  
En abominables fieras.  
Cuando algún indio, medio ebrio  
Tenaz metiendo la lengua,  
Sigue en la preciosa fuente,  
Y beber también no deja  
A los que aguijan furiosos,  
Otro viene, de las piernas  
Lo agarra, tira y arrastra  
Y en lugar suyo se espeta.  
Así bebe, ríe, canta,  
Y al regocijo sin rienda

Se dá la tribu: aquel ebrio  
Se levanta, bambolea,  
A plomo cae, y gruñendo  
Como animal se revuelca.  
Este chilla, algunos lloran,  
Y otros a beber empiezan.  
De la chusma toda al cabo  
La embriaguez se enseñorea  
Y hace andar en remolino  
Sus delirantes cabezas.  
Entonce empieza el bullicio,  
Y la algazara tremenda,  
El infernal alarido  
Y las voces lastimeras.  
Mientras sin alivio lloran  
Las cautivas miserables,  
Y los ternezuelos niños  
Al ver llorar a sus madres.  
Las hogueras entretanto  
En la obscuridad flamean.  
Y a los pintados semblantes  
Y a las largas cabelleras  
De aquellos indios beodos  
Da su vislumbre siniestra  
Colorido tan extraño,

Traza tan horrible y fea,  
Que parecen del abismo  
Précita, inmunda ralea,  
Entregada al torpe gozo  
De la sabática fiesta (1).  
Todos en silencio escuchan;—  
Una voz entona recia  
Las heroicas alabanzas,  
Y los cantos de la guerra:—

---

Guerra, guerra y exterminio  
Al tiránico dominio  
Del huinca (2); engañosa paz:  
Devore el fuego sus ranchos,  
Que en su vientre los caranchos  
Ceben el pico voraz.  
Oyó gritos el caudillo  
Y en su fogoso tordillo  
Salió Brian;  
Pocos eran y él delante

---

(1) Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada a los pueblos cristianos por los judíos.

(2) Huinca: voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza.

Venía, al bruto arrogante  
Dió una lanzada Quillán.  
Lo cargó al punto la indiada:  
Con la fulminante espada  
Se alzó Brian;  
Grandes sus ojos brillaron,  
Y las cabezas rodaron  
De Quitur y Callupán.  
Echando espuma y herido  
Como toro enfurecido  
Se encaró;  
Ceño torvo revolviendo,  
Y el acero sacudiendo:  
Nadie acometerle osó.  
Valichu (1) estaba en su brazo;  
Pero al golpe de un bolazo (2)  
Cayó Brian,  
Como potro en la llanura:  
Cebo en su cuerpo y hartura  
Encontrará el gavilán

---

(1) Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

(2) Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal o piedra.

Las armas cobarde entrega  
El que vivir quiere esclavo;  
Pero el indio guapo no:  
Chañil murió como bravo,  
Batallando en la refriega,  
De una lanzada murió.

Salió Brián airado  
Blandiendo la lanza,  
Con fiera pujanza.

Chañil lo embistió;  
Del pecho clavado  
En el hierro agudo,  
Con brazo forzado,  
Brian lo levantó.  
Funeral sangriento  
Ya tuvo en el llano;  
Ni un solo cristiano  
Con vida escapó.

¡Fatal vencimiento!  
Lloremos la muerte  
Del indio más fuerte  
Que la pampa crió.

---

Quienes su pérdida lloran,  
Quienes sus hazañas mentan.  
Oyense voces confusas,  
Medio articuladas quejas,  
Baladros, cuyo son ronco  
En la llanura resuena.  
De repente todos callan,  
Y un solo murmullo reina,  
Semejante al de la brisa  
Cuando rebulle en la selva;  
Pero, gritando, algún indio  
En la boca se palmea,  
Y el disonante alarido  
Otra vez el campo atruena.  
El indeleble recuerdo  
De las pasadas ofensas  
Se aviva en su ánimo entonces,  
Y atizando su fiereza  
Al rencor adormecido,  
Y a la venganza subleva:  
En su mano los cuchillos,  
A la luz de las hogueras,  
Llevando muerte relucen;  
Se ultrajan, riñen, vocean,  
Como animales feroces

Se despedazan y bregan.  
Y asombradas las cautivas  
La carnicería horrenda  
Miran, y a Dios en silencio  
Humildes preces elevan.  
Sus mujeres entretanto,  
Cuya vigilancia tierna  
En las horas del peligro  
Siempre cautelosa vela,  
Acorren luego a calmar  
El frenesí que los ciega,  
Ya con ruegos y palabras  
De amor y eficacia llenas;  
Ya interponiendo su cuerpo  
Entre las armas sangrientas.  
Ellos resisten y luchan,  
Las desoyen y atropellan,  
Lanzando injuriosos gritos;  
Y los cuchillos no sueltan  
Sino cuando, ya rendida  
Su natural fortaleza  
A la embriaguez y al cansancio,  
Dobla el cuello y cae por tierra.  
Al tumulto y la matanza  
Sigue el llorar de las hembras

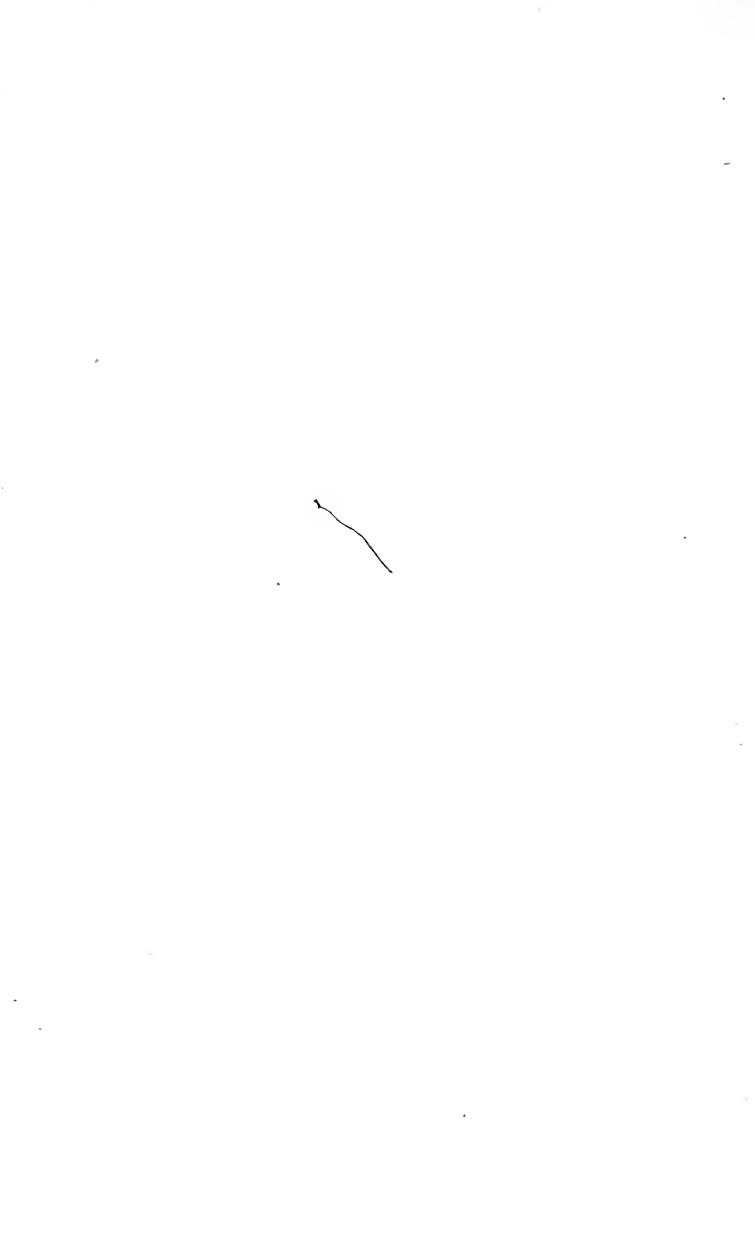
Por sus maridos y deudos,  
Las lastimosas endechas,  
A la abundancia pasada,  
A la presente miseria,  
A las víctimas queridas  
De aquella noche funesta.  
Pronto un profundo silencio  
Hace a los lamentos tregua,  
Interrumpido por ayes  
De moribundos, o quejas,  
Risas, gruñir sofocado  
De la embriagada torpeza;—  
Al espantoso ronquido  
De los que durmiendo sueñan  
Los gemidos infantiles  
Del ñacurutú (1) se mezclan;  
Chillidos, aúllos tristes  
Del lobo que anda a la presa  
De cadáveres, de troncos,  
Miembros, sangre y osamentas,  
Entremezclados con vivos,  
Cubierto aquel campo queda,  
Donde poco antes la tribu

---

(1) Ñacurutú: especie de lechuga grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

Llegó alegre y tan soberbia.  
La noche en tanto camina  
Triste, encapotada y negra;  
Y la desmayada luz  
De las festivas hogueras  
Sólo alumbra los estragos  
De aquella bárbara fiesta.

---



## TERCERA PARTE

---

### EL PUÑAL

Yo iba a morir es verdad,  
Entre bárbaros crueles,  
Y allí el pesar me mataba  
De morir, mi bien, sin verte.  
A darme la vida tú  
Saliste, hermosa, y valiente.

CALDERON.

Yace en el campo tendida,  
Cual si estuviera sin vida,  
Ebria la salvaje turba,  
Y ningún ruido perturba  
Su sueño o sopor mortal.  
Varones y hembras mezclados  
Todos duermen sosegados:  
Sólo, en vano tal vez, velan  
Los que libertarse anhelan  
Del cautiverio fatal,

Paran la oreja bufando  
Los caballos, que vagando  
Libres despuntan la grama,  
Y a la moribunda llama  
De las hogueras se ve,  
Se ve sola y taciturna,  
Símil a sombra nocturna,  
Moverse una forma humana,  
Como quien lucha y se afana,  
Y oprime algo bajo el pie;

Se oye luego triste aúllo,  
Y horrisonante murmullo,  
Semejante al del novillo  
Cuando el filoso cuchillo  
Lo degüella sin piedad:  
Y por la herida resuella,  
Y aliento y vivir por ella,  
Sangre hirviendo a borbollones,  
En horribles convulsiones,  
Lanza con velocidad.

Silencio;—ya el paso leve  
Por entre la yerba mueve,  
Como quien busca y no atina,  
Y temeroso camina

De ser visto o tropezar,  
Una mujer:—en la diestra  
Un puñal sangriento muestra,  
Sus largos cabellos flotan  
Desgreñados, y denotan  
De su ánimo el batallar.

Ella va.—Toda es oídos;  
Sobre salvajes dormidos  
Va pasando,—escucha,—mira,—  
Se para,—apenas respira,  
Y vuelve de nuevo a andar.  
Ella marcha, y sus miradas  
Vagan en torno azoradas,  
Cual si creyesen ilusas  
En las tinieblas confusas,  
Mil espectros divisar.

Ella va, y aun de su sombra  
Como el criminal se asombra—  
Alza,—inclina la cabeza;  
Pero en un cráneo tropieza  
Y queda al punto mortal.—  
Un cuerpo gruñe y resuella,  
Y se revuelve;—mas ella  
Cobra espíritu y coraje,

Y en el pecho del salvaje  
Clava el agudo puñal.

El indio dormido espira:  
Y ella veloz se retira  
De allí, y anda con más tino  
Arrostrando del destino  
La rigorosa crueldad.  
Un instinto poderoso,  
Un afecto generoso  
La impele y guía segura,  
Como luz de estrella pura,  
Por aquella oscuridad.

Su corazón de alegría  
Palpita,—lò que quería,  
Lo que buscaba con ansia  
Su amorosa vigilancia  
Encontró gozosa al fin.  
Allí, allí está su universo,  
De su alma el espejo terso,  
Su amor, esperanza y vida;  
Allí contempla embebida  
Su terrestre serafín.

—“Brian, dice, mi Brian querido,  
Busca durmiendo el olvido;  
Quizá ni soñando espera  
Que yo entre esta gente fiera  
Le venga a favorecer.  
Lleno 'de heridas, cautivo,  
No abate su ánimo altivo  
La desgracia, y satisfecho  
Descansa, como en su lecho,  
Sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,  
Para hacerle más amargo  
De la muerte el pensamiento,  
Deleitarse en su tormento,  
Y más su rencor cegar  
Prolongando su agonía,  
La vida suya, que es mía,  
Guardaron, cuando triunfantes  
Hasta los tiernos infantes,  
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno  
De sus madres—¡día lleno  
De execración y amargura,  
En que murió mi ventura,

Tu memoria me da horror!"—  
Así dijo, y ya no siente,  
Ni llora, porque la fuente  
Del sentimiento fecunda,  
Que el femenil pecho inunda,  
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza  
En su corazón alianza  
Han hecho, y sólo una idea  
Tiene fija y saborea  
Su ardiente imaginación,  
Absorta el alma, en delirio  
Lleno de gozo y martirio  
Queda, hasta que al fin estalla  
Como volcán, y se explaya  
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,  
Mirando al cielo y ceñido  
El cuerpo con duros lazos,  
Abiertos en cruz los brazos,  
Ligadas manos y pies.  
Cautivo está, pero duerme;  
Inmóvil, sin fuerza, inerme  
Yace su brazo invencible:

De la pampa el león terrible  
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía  
Esperando con el día  
Horrible muerte, está el hombre  
Cuya fama, cuyo nombre  
Era al bárbaro traidor,  
Más temible que el zumbido  
Del hierro o plomo encendido;  
Más aciago y espantoso  
Que el valichu rencoroso  
A quien acata su error.

Allí está;—silenciosa ella,  
Como tímida doncella,  
Besa su entreabierta boca,  
Cual si dudara le toca  
Por ver si respira aún.  
Entonces las ataduras  
Que sus carnes roen duras  
Corta, corta velozmente  
Con su puñal obediente,  
Teñido en sangre común.

Brian despierta;—su alma fuerte,  
Conforme ya con su suerte,  
No se conturba, ni azorá;  
Poco a poco se incorpora,  
Mira sereno, y cree ver  
Un asesino:—echan fuego  
Sus ojos de ira; más luego  
Se siente libre y se calma,  
Y dice “¿eres alguna alma  
Que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,  
Angel bueno, o vacilante  
Parto de mi fantasía?”  
—“Mi vulgar nombre es María,  
Angel de tu guarda soy;  
Y mientras cobra pujanza,  
Ebria la feroz venganza  
De los bárbaros, segura,  
En aquesta noche oscura  
Velando a tu lado estoy;—

Nada tema tu congoja.”—  
Y enajenada se arroja  
De su querido en los brazos,  
Le da mil besos y abrazos,

Repitiendo—"Brian, mi Brian"—  
La alma heroica del guerrero  
Siente el gozo lisonjero  
Por sus miembros doloridos  
Correr, y que sus sentidos  
Libres de ilusión están.

Y en labios de su querida  
Apura aliento de vida,  
Y la estrecha cariñoso  
Y en éxtasis amoroso  
Ambos respiran así;  
Mas, súbito él la separa,  
Como si en su alma brotara  
Horrible idea, y la dice:—  
"María, soy infelice,  
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza  
Habrá ajado la pureza  
De tu honor, y mancillado  
Tu cuerpo santificado  
Por mi cariño y tu amor;  
Ya no me es dado quererte."  
Ella le responde:—"advierte  
Que en este acero está escrito

Mi pureza y mi delito,  
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento  
Y saltará de contento  
Tu corazón 'orgulloso;  
Diómele amor poderoso,  
Diómelo para matar  
Al salvaje que insolente  
Ultrajar mi honor intente;  
Para, a un tiempo, de mi padre,  
De mi hijo tierno y mi madre  
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa  
Que la luz del sol hermosa,  
Sacar de las fieras manos  
De estos tigres inhumanos,  
O contigo perecer.  
Loncoy, el cacique altivo  
Cuya saña al atractivo  
Se rindió de estos mis ojos,  
Y quiso entre sus despojos  
De Brian la querida ver,

Después de haber mutilado  
A su hijo tierno; anegado  
En su sangre yace impura;  
Sueño infernal su alma apura:  
Dióle muerte este puñal.  
Levanta, mi Brian, levanta,  
Sigue, sigue mi ágil planta;  
Huyamos de esta guarida  
Donde la turba se anida  
Más inhumana y fatal.”

—“¿Pero adónde, adónde iremos?  
Por fortuna encontraremos  
En la pampa algún asilo,  
Donde nuestro amor tranquilo  
Logre burlar su furor?  
Podremos, sin ser sentidos,  
Escapar, y desvalidos,  
Caminar a pie, y jadeando,  
Con el hambre y sed luchando,  
El cansancio y el dolor?”

—“Sí, el anchuroso desierto  
Más de un abrigo encubierto  
Ofrece, y la densa niebla  
Que el cielo y la tierra puebla,

Nuestra fuga ocultará.  
Brian, cuando aparezca el día  
Palpitantes de alegría,  
Lejos de aquí ya estaremos,  
Y el alimento hallaremos  
Que el cielo al infeliz da.”

—“Tú podrás, querida amiga,  
Hacer rostro a la fatiga,  
Mas yo, llagado y herido,  
Débil, exangüe, abatido,  
¿Cómo podré resistir?  
Huye tú, mujer sublime,  
Y del oprobio redime  
Tu vivir predestinado;  
Deja a Brian infortunado,  
Solo, en tormentos morir”.

—“Nö, no, tú vendrás conmigo,  
O pereceré contigo.  
De la amada patria nuestra  
Escudo fuerte es tu diestra,  
¿Y qué vale una mujer?  
Huyamos, tú de la muerte,  
Yo de la oprobiosa suerte  
De los esclavos; propicio

El cielo este beneficio  
Nos ha querido ofrecer;

No insensatos lo perdamos.  
Huyamos, mi Brian, huyamos;  
Que en el áspero camino  
Mi brazo, y poder divino  
Te servirán de sosten". -  
—"Tu valor me infunde fuerza,  
Y de la fortuna adversa,  
Amor, gloria o agonía  
Participar con María  
Yo quiero, huyamos, ven, ven."

Dice Brian y se levanta,  
El dolor traba su planta  
Mas devora el sufrimiento;  
Y ambos caminan a tienta  
Por aquella oscuridad.  
Tristes van,—de cuando en cuando  
La vista al cielo llevando; -  
Que da esperanza al que gime,  
¿Qué busca su alma sublime?  
La muerte o la libertad.

“Y en esta noche sombría  
¿Quién nos servirá de guía?”  
—“Brian ¿no ves allá una estrella  
Que entre dos nubes centella  
Cual benigno astro de amor?  
Pues esa, es por Dios enviada  
Como la nube encarnada  
Que vió Israel prodigiosa;  
Sigamos la senda hermosa  
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto  
Nos llevará a feliz puerto.”—  
Ellos van;—solas, perdidas  
Como dos almas queridas,  
Que amor en la tierra unió,  
Y en la misma forma de antes,  
Andan por la noche errantes,  
Con la memoria hechicera  
Del bien que en su primavera  
La desdicha les robó.

Ellos van.—Vasto, profundo  
Como el páramo del mundo  
Misterioso es el que pisan;  
Mil fantasmas se divisan;

Mil formas vanas allí,  
Que la sangre joven hielan:  
Mas ellos vivir anhelan.  
Brian desmaya caminando,  
Y al cielo otra vez mirando,  
Dice a su querida así:

“Mira,—¿no ves?—la luz bella  
De nuestra polar estrella  
De nuevo se ha oscurecido,  
Y el cielo más denegrido  
Nos anuncia algo fatal.”  
—“Cuando contrario el destino  
Nos cierre, Brian, el camino,  
Antes de volver a manos  
De esos indios inhumanos,  
Nos queda algo:—este puñal.”

---

## CUARTA PARTE

---

### LA ALBORADA

Già la terra é coperta d'uccisi;  
Tutta é sangue la vasta pianura.....

MANZONI.

Ya de muertos la tierra está cubierta,  
Y la vasta llanura toda es sangre.

Todo estaba silencioso.  
La brisa de la mañana  
Recién la yerba lozana  
Acariciaba y la flor,  
Y en el oriente nublado  
La luz apenas rayando,  
Iba el campo matizando  
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;  
Ni del pájaro se oía

La variada melodía,  
Música que al alba da;  
Y sólo, al ronco bufido  
De algún potro que se azora,  
Mezclaba su voz sonora  
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,  
Sola techumbre del cielo,  
Libre, ajena de recelo  
Dormía la tribu infiel;  
Mas la terrible venganza  
De su constante enemigo  
Alerta estaba, y castigo  
Le preparaba crüel.

Súbito al trote asomaron  
Sobre la extendida loma  
Dos jinetes, como asoma  
El astuto cazador;  
Y al pie de ella divisaron  
La chusma quieta y dormida,  
Y volviendo atrás la brida  
Fueron a dar el clamor

De alarma al campo cristiano.  
Pronto en brutos altaneros  
Un escuadrón de lanceros  
Trotando allí se acercó,  
Con acero y lanza en mano;  
Y en hileras dividido  
Al indio, no apercibido,  
En doble muro encerró.

Entonces, el grito, "Cristiano, Cristiano"  
Resuena en el llano,  
"Cristiano" repite confuso clamor.  
La turba que duerme despierta turbada,  
Clamando azorada,  
"Cristiano nos cerca, cristiano traidor."

Niños y mujeres, llenos de conflicto,  
Levantán el grito;  
Sus almas conturba la tribulación;  
Los unos pasmados, al peligro horrendo,  
Los otros huyendo,  
Corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Quien salta al caballo que encontró primero,  
Quien toma el acero,  
Quien corre su potro querido a buscar;

Mas ya la llanura cruzan desbandadas,  
Yeguas y manadas,  
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,  
Blandiendo en su mano  
La terrible lanza, que no da cuartel.—  
Los indios más bravos luchando resisten,  
Cual fieras embisten:—  
El brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece;—las armas agudas  
Relucen desnudas,  
Horrible la muerte se muestra doquier.  
En lomos del bruto, la fuerza y coraje,  
Crece del salvaje,  
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pie en tierra poniendo la fácil victoria,  
Que no le da gloria,  
Prosigue el cristiano lleno de rencor.—  
Caen luego caciques, soberbios caudillos,  
Los fieros cuchillos  
Degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,  
Gemir del que implora,  
Puesto de rodillas, en vano piedad,  
Todo se confunde:—del plomo el silbido,  
Del hierro el crujido,  
Que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza  
Hizo el cristiano aquel día;  
Ni hembra, ni varón, ni cría  
De aquella tribu quedó.  
La inexorable venganza  
Siguió el paso a la perfidia,  
Y en no cara y breve lidia  
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida  
De sangre, hediondo y sembrado  
De cadáveres el prado  
Donde resonó el festín.  
Y del sueño de la vida  
Al de la muerte pasaron  
Los que poco antes holgaron,  
Sin tener aciago fin.

Las cautivas derramaban  
Lágrimas de regocijo;—  
Una al esposo, otra al hijo  
Debió allí la libertad;  
Pero ellos tristes estaban.  
Porque ni vivo, ni muerto  
Halló a Brian, en el desierto,  
Su valor y su lealtad.

---

## QUINTA PARTE

---

### EL PAJONAL

.....e lo spirito lasso  
Conforta, e ciba di speranza buona

DANTE.

.....y el ánimo cansado  
De esperanza feliz, nutre, y conforta.

Así, huyendo a la ventura,  
Ambos a pie divagaron  
Por la lóbrega llanura,  
Y al salir la luz del día  
A corto trecho se hallaron  
De un inmenso pajonal (1).

---

(1) Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos a la distancia aparecen en la planicie como bosque: son los "Oasis" de la pampa.

Brian debilitado, herido,  
A la fatiga rendido  
La planta apenas movía;  
Su angustia era sin igual.  
Pero un ángel, su querida,  
Siempre a su lado velaba,  
Y el espíritu y la vida,  
Que su alma heroica anidaba,  
La infundía, al parecer,  
Con miradas cariñosas,  
Voces del alma profundas  
Que debieran ser eternas;  
Y aquellas palabras tiernas,  
O armonías misteriosas,  
Que sólo manan fecundas  
Del labio de la mujer.

Temerosos del salvaje  
Acogiéronse al abrigo  
De aquel pajonal amigo,  
Para de nuevo su viaje  
Por la noche continuar;  
Descansar allí un momento,  
Y refrigerio y sustento  
A la flaqueza buscar.

Era el adusto verano:  
Ardiente el sol como fragua  
En cenagoso pantano  
Convertido había el agua  
Allí estancada, y los peces,  
Los animales inmundos  
Que aquel bañado habitaban,  
Muertos, el aire infestaban,  
O entre las impuras heces  
Aparecían a veces  
Boqueando moribundos,  
Como del cielo implorando  
Agua y aire:—aquí se vía  
Al voraz cuervo, tragando  
Lo más asqueroso y vil;  
Allí la blanca cigüeña,  
El pescuezo corvo alzando,  
En su largo pico enseña  
El tronco de algún reptil;  
Más allá se ve al carancho,  
Que jamás presa desdeña,  
Con pico en forma de gancho  
De la espirante alimaña  
Zajar la fétida entraña:—  
Y en aquel páramo yerto,

Donde a buscar como a puerto  
Refrigerio, van errantes  
Brian y María anhelantes,  
Sólo divisan sus ojos  
Feos, inmundos despojos  
De la muerte.—¡Qué destino  
Como el suyo miserable!  
Si en aquel instante vino  
La memoria perdurable  
De la pasada ventura,  
A turbar su fantasía,  
¡Cuán amarga les sería!  
Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso  
En el lodo pegajoso  
Penetraron, ya cayendo,  
Ya levantando, o subiendo  
El pie flaco y dolorido;  
Y sobre un flotante nido  
De yajá (columna bella,  
Que entre la paja descuella,  
Como edificio construido  
Por mano hábil), se sentaron  
A descansar o morir.  
Súbito allí desmayaron

Los espíritus vitales  
De Brian a tanto sufrir;  
Y en los brazos de María,  
Que inmóvil permanecía,  
Cayó muerto al parecer.  
¡Cómo palabras mortales  
Pintar al vivo podrán  
El desaliento y angustias,  
O las imágenes mustias,  
Que el alma atravesarán  
De aquella infeliz mujer!  
Flor hermosa y delicada,  
Perseguida y conculcada  
Por cuantos males tiranos  
Dió en herencia a los humanos  
Inexorable poder.

Pero a cada golpe injusto  
Retoñece más robusto  
De su noble alma el valor;  
Y otra vez, con paso fuerte,  
Huella el fango, do la muerte  
Disputa un resto de vida  
A indefensos animales;  
Y rompiendo enfurecida  
Los espesos matorrales,

Camina a un sordo rumor  
Que oye próximo, y mirando  
El hondo cauce anchuroso  
De un arroyo que copioso  
Entre la paja corría,  
Se volvió atrás, exclamando  
Arrobada de alegría:—  
—“Gracias te doy, Dios supremo!  
Brian se salva, nada temo.”—

Pronto llega al alto nido  
Donde yace su querido,  
Sobre sus hombros le carga,  
Y con vigor desmedido  
Lleva, lleva, a paso lento,  
Al puerto de salvamento  
Aquella preciosa carga.

Alli en la orilla verdosa  
El inmoble cuerpo posa,  
Y los labios, frente y cara  
En el agua fresca y clara  
Le embebe;—su aliento aspira,  
Por ver si vivo respira,  
Trémula su pecho toca;  
Y otra vez sienes y boca

Le empapa:—en sus ojos vivos,  
Y en su semblante animado,  
Los matices fugitivos  
De la apasionada guerra  
Que su corazón encierra,  
Se muestran.—Brian recobrado  
Se mueve, incorpora, alienta,  
Y débil mirada lenta  
Clava en la hermosa María,  
Diciéndola: “amada mía,  
Pensé no volver a verte,  
Y que este sueño sería  
Como el sueño de la muerte;  
Pero tú, siempre velando,  
Mi vivir sustentas, cuando  
Yo en nada puedo valerte,  
Sino doblar la amargura  
De tu extraña desventura.”  
—“Que vivas tan solo quiero,  
Porque si mueres, yo muero;  
Brian mío, alienta, triunfamos,  
En salvo y libres estamos,  
No te aflijas;—bebe, bebe  
Esta agua, cuyo frescor  
El extenuado vigor

Volverá a tu cuerpo en breve,  
Y esperemos con valor  
De Dios el fin que imploramos.”—

Dijo así y en la corriente  
Recoge agua, y diligente,  
De sus miembros con esmero,  
Se aplica a lavar primero  
Las dolorosas heridas,  
Las hondas llagas henchidas  
De negra sangre cuajada,  
Y a sus inflamados pies  
El lodo impuro; y después  
Con su mano delicada  
Las venda.—Brian silencioso  
Sufre el dolor con firmeza;  
Pero siente a la flaqueza  
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento  
Corre a buscar; y un momento,  
Sin duda el cielo piadoso,  
De aquellos finos amantes,  
Infortunados y errantes,  
Quiso aliviar el tormento.

## SEXTA PARTE

---

### LA ESPERA

¡Qué largas son las horas del deseo!  
MORETO.

Triste, oscura, encapotada  
Llegó la noche esperada,  
La noche que ser debiera  
Su grata y fiel compañera;  
Y en el vasto pajonal  
Permanecen inactivos  
Los amantes fugitivos.  
Su astro, al parecer, declina,  
Como la luz vespertina,  
Entre sombra funeral,

Brian por el dolor vencido  
Al margen yace tendido

Del arroyo;—probó en vano  
El paso firme y lozano  
De su querida seguir;—  
Sus plantas desfallecieron,  
Y sus heridas vertieron  
Sangre otra vez.—Sintió entonces  
Como una mano de bronce  
Por sus miembros discurrir.

María espera a su lado,  
Con corazón agitado,  
Que amanecerá otra aurora  
Más bella y consoladora;—  
El amor la inspira fé  
En destino más propicio,  
Y la oculta el precipicio  
Cuya idea sólo pasma:—  
El descarnado fantasma  
De la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,  
Ciega pasión la fascina;—  
Mostrando a su alma el trofeo  
De su impetuoso deseo  
La dice: tú triunfarás.  
Ella infunde a su flaqueza

Constancia allí y fortaleza;  
Ella su hambre, su fatiga,  
Y sus angustias mitiga  
Para devorarla más.

Sin el amor que en sí entraña,  
¿Qué sería?—Frágil caña  
Que el más leve impulso quiebra,  
Ser delicado, fina hebra,  
Sensible y flaca mujer.  
Con él es ente divino  
Que pone a raya el destino,  
Angel poderoso y tierno  
A quien no haría el infierno  
Vacilar, ni estremecer.

De su querido no advierte  
El mortal abatimiento,  
Ni cree se atreva la muerte  
A sofocar el aliento  
Que hace vivir a los dos;  
Porque de su llama intensa  
Es la vida tan inmensa,  
Que a la muerte vencería,  
Y en sí eficacia tendría  
Para animar como Dios.

El amor es fe inspirada,  
Es religión arraigada,  
En lo íntimo de la vida.—  
Fuente inagotable, henchida  
De esperanza, su anhelar  
No halla obstáculo invencible  
Hasta conseguir victoria;  
Si se estrella en lo imposible  
Gozoso vuela a la gloria  
Su heroica palma a buscar.

María no desespera,  
Porque su ahinco procura  
Para lo que ama ventura,  
Y al infortunio supera  
Su imperiosa voluntad.  
Mañana,—el grito constante  
De su corazón amante  
La dice,—mañana el cielo  
Hará cesar tu desvelo,  
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto  
Camina en densa tiniebla,  
Y en el abismo de espanto,  
Que aquellos páramos puebla,

Ambos perdidos se ven.  
Parda, rojiza, radiosa,  
Una faja luminosa  
Forma horizonte no lejos;  
Sus amarillos reflejos  
En lo oscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,  
Y que con el viento crece,  
Se encrespa, aviva y derrama  
El resplandor y la llama  
En el mar de lobreguez.  
Aquel fuego colorado,  
En tinieblas engolfado,  
Cuyo esplendor vaga horrendo,  
Era trasunto estupendo  
De la inferna terriblez.

Brian, recostado en la yerba  
Como ajeno de sentido,  
Nada ve:—ella un ruido  
Oye; pero sólo observa  
La negra desolación,  
O las sombrías visiones:  
Que engendran las turbaciones  
De su espíritu.—¡Cuán larga

Aquella noche y amarga  
Sería a su corazón!

Miró a su amante,—espantoso,  
Un bramido cavernoso  
La hizo temblar, resonando:—  
Era el tigre que buscando  
Pasto a su saña feroz  
En los densos matorrales,  
Nuevos presagios fatales  
Al infortunio traía.—  
En silencio, echó María  
Mano a su puñal, veloz.

---

## SEPTIMA PARTE

---

### LA QUEMAZON

Voyez... Dejá la flamme en torrent se dépole.

LAMARTINE.

Mirad ya en torrente se extiende la llama.

El aire estaba inflamado,  
Turbia la región suprema,  
Envuelto el campo en vapor;  
Rojo el sol, y coronado  
De parda oscura diadema,  
Amarillo resplandor  
En la atmósfera esparcía;  
El bruto, el pájaro huía,  
Y agua la tierra pedía  
Sedienta y llena de ardor.

Soplando a veces el viento  
Limpiaba los horizontes,  
Y de la tierra brotar  
De humo rojo y ceniciento  
Se veían como montes;  
Y en la llanura ondear,  
Formando espiras doradas,  
Como lenguas inflamadas,  
O melenas encrespadas  
De ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas  
Por la esfera dilataban,  
Como cuando hay tempestad,  
Sus negras alas inmensas;  
Y más, y más aumentaban  
El pavor y oscuridad.  
El cielo entenebrecido,  
El aire, el humo encendido,  
Eran, con el sordo ruido,  
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos  
Contempla asombrado  
Los turbios reflejos;  
Del día enlutado

La ceñuda faz.  
El humilde llora,  
El piadoso implora;  
Se turba y azora  
La malicia audaz.

Quien cree ser indicio  
Fatal, estupendo  
Del día del juicio,  
Del día tremendo  
Que anunciado está.  
Quien !piensa que al mundo,  
Sumido en lo inmundo,  
El cielo iracundo  
Pone a prueba ya.

Era la plaga que cría  
La devorante sequía  
Para estrago y confusión:—  
De la chispa de una hoguera,  
Que llevó el viento ligera,  
Nació grande, cundió fiera  
La terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos  
Relucen, chispean;

En rubios manojos  
Sus crines ondean,  
Flameando también;  
La tierra gimiendo,  
Los brutos ruiendo,  
Los hombres huyendo,  
Confusos la ven.

Sutil se difunde,  
Camina, se mueve,  
Penetra, se infunde;  
Cuanto toca, en breve,  
Reduce a tizón.  
Ella era,—y pastales,  
Densos pajonales,  
Cardos y animales  
Ceniza, humo son.

Raudal vomitando,  
Venía de llama,  
Que hirviendo, silbando,  
Se enrosca y derrama  
Con velocidad.—  
Sentada María  
Con su Brian la vía:  
—“Dios mío! decía,  
De nos ten piedad.”—

Piedad María imploraba,  
Y piedad necesitaba  
De potencia celestial.  
Brian caminar no podía,  
Y la quemazón cundía  
Por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,  
Como culebra serpeando,  
Velozmente caminó;  
Y agitando, desbocada,  
Su crin de fuego erizada.  
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles  
De animales y reptiles  
Quema el fuego vencedor,  
Que el viento iracundo atiza;  
Vuelan el humo y ceniza,  
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,  
Los cautivos desdichados,  
Con despavoridos ojos,  
Están, su hervidero oyendo,  
Y las llamaradas viendo  
Subir en penachos rojos.

No hay como huir, no hay efugio,  
Esperanza ni refugio;  
¿Dónde auxilio encontrarán?  
Postrado Brian yace inmoble  
Como el orgulloso roble  
Que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.  
Detrás arroyo profundo  
Ancho se extiende, y delante  
Formidable y horroroso,  
Alza la cresta furioso  
Mar de fuego devorante.

“Huye presto, Brian decía  
Con voz débil a María,  
Déjame solo morir;  
Este lugar es un horno:  
Huye ¿no miras en torno  
Vapor cárdeno subir?”

Ella calla, o le responde:—  
—“Dios, largo tiempo, no esconde  
Su divina protección.  
¿Crees tú nos haya olvidado?  
Salvar tu vida ha jurado  
O morir mi corazón.—”

Pero del cielo era juicio  
Que en tan horrendo suplicio  
No debían perecer;  
Y que otra vez de la muerte  
Inexorable, amor fuerte  
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora:  
De la pasión que atesora  
El espíritu inmortal  
Brotó, en su faz la belleza  
Estampando fortaleza  
De criatura celestial,

No sujeta a ley humana;  
Y como cosa liviana  
Carga el cuerpo amortecido  
De su amante, y con él junto,  
Sin cejar, se arroja al punto  
En el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente  
Surca la mansa corriente  
Con el tesoro de amor;  
Semejante a Ondina bella  
Su cuerpo airoso descuella,  
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,  
Sobre sus hombros nevados  
Suelos, reluciendo van;  
Boga con un brazo lenta,  
Y con el otro sustenta  
A flor, el cuerpo de Brian,

Aran la corriente unidos  
Como dos cisnes queridos,  
Que huyen de águila cruel,  
Cuya garra, siempre lista,  
Desde la nube se alista  
A separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana  
En perseguirlos:—ufana  
En la orilla opuesta el pié  
Pone María triunfante,  
Y otra vez libre a su amante  
De horrenda agonía ve.

¡O del amor maravilla!  
En sus bellos ojos brota  
Del corazón, gota a gota,  
El tesoro sin mancilla,  
Celeste, inefable unción;  
Sale en lágrimas deshecho

Su heroico amor satisfecho.  
Y su formidable cresta  
Sacude, enrosca y enhiesta  
La terrible quemazón.

---

Calmó después el violento  
Soplar del airado viento:  
El fuego a paso más lento  
Surcó por el pajonal,  
Sin topar ningún escollo;  
Y a la orilla de un arroyo  
A morir al cabo vino,  
Dejando, en su ancho camino,  
Negra y profunda señal.

---



## OCTAVA PARTE

---

### BRIAN

Les guerriers et les coursiers eux mêmes  
Sont là pour attester les victoires de mon bras.  
Je dois ma renommée à mon glaive.....

ANTAR (1)

Los guerreros y aun los bridones de la batalla  
Existen para atestiguar las victorias de mi brazo.  
Debo mi renombre a mi espada.

Pasó aquel, llegó otro día  
Triste, ardiente, y todavía  
Desamparados como antes,  
A los míseros amantes  
Encontró en el pajonal.  
Brian, sobre pajizo lecho  
Inmóvil está, y en su pecho

---

(1) Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viaje a Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto.

Arde fuego inextinguible;  
Brotó en su rostro, visible  
Abatimiento mortal.—

Abrumados y rendidos  
Sus ojos, como adormidos,  
La luz esquivan, o absortos  
En los pálidos abortos  
De la conciencia, (legión  
Que atribula al moribundo)  
Verán formas de otro mundo;  
Imágenes fugitivas,  
O las claridades vivas  
De fantástica región.

Triste a su lado María  
Revuelve en la fantasía  
Mil contrarios pensamientos,  
Y horribles presentimientos  
La vienen allí a asaltar:—  
Espectros que engendra el alma  
Cuando el ciego desvarío  
De las pasiones se calma,  
Y perdida en el vacío  
Se recoge a meditar.

Allí, frágil navecilla  
En mar sin fondo ni orilla,  
Do nunca ríe bonanza  
Se encuentra, sin esperanza  
De poder al fin surgir;  
Allí ve su afán perdido  
Por salvar a su querido;  
Y cuán lejano y nubloso  
El horizonte radioso  
Está de su porvenir.

Cuán largo, incierto camino  
La desdicha le previno;  
Cuan triste peregrinaje!  
Allí ve de aquel paraje  
La yerta inmovilidad.  
Allí ya del desaliento  
Sufre el pausado tormento,  
Y abrumada de tristeza,  
Al cabo a sentir empieza  
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,  
Y al aspecto de su amante  
Desfallece su heroísmo;  
La vuelve, y hórrido abismo

Mira atónita detrás.  
Allí apura la agonía  
Del que vió cuando dormía  
Paraíso de dicha eterno,  
Y al despertar un infierno  
Que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado  
Flamea el sol colorado;  
Y en la llanura domina  
La vaporosa calina,  
El bochorno abrasador.  
Brian sigue inmoble, y María  
En formar se entretenía  
De junco un denso tejido,  
Que guardase a su querido  
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento  
Que al levantarse o moverse  
Hace animal corpulento,  
Crujir la paja y romperse  
De un cercano matorral.  
Miró ¡oh terror! y acercarse  
Vió con movimiento tardo,  
Y hacia ella encaminarse

Lamiéndose, un tigre pardo  
Tinto en sangre;—atroz señal.

Cobrando ánimo al instante  
Se alzó María arrogante,  
En mano el puñal desnudo,  
Vivo el mirar, y un escudo  
Formó de su cuerpo a Brian.  
Llegó la fiera inclemente;  
Clavó en ella vista ardiente,  
Y a compasión ya movida,  
O fascinada y herida  
Por sus ojos y ademán,

Recta prosiguió el camino,  
Y al arroyo cristalino  
Se echó a andar.—¡Oh amor tierno!  
De lo más frágil y eterno  
Se compaginó tu ser.  
Siendo sólo afecto humano,  
Chispa fugaz, tu grandeza,  
Por impenetrable arcano,  
Es celestial.—¡Oh belleza!  
No se anida tu poder

En tus lágrimas, ni enojos;  
Sí, en los sinceros arrojos  
De tu corazón amante:—  
María en aquel instante  
Se sobrepuso al terror,  
Pero cayó sin sentido  
A conmoción tan violenta.—  
Bella como ángel dormido  
La infeliz estaba, exenta  
De tanto afán y dolor.

Entonces ¡ah! parecía  
Que marchitado no había  
La aridez de la congoja,  
Que a lo más bello despoja,  
Su frescura juvenil.  
¡Venturosa si más largo  
Hubiera sido su sueño!  
Brian despierta del letargo:  
Brilla matiz más risueño  
En su rostro varonil.—

Se sienta,—estático mira,  
Como el que en vela delira;  
Lleva la mano a su frente  
Sudorífera y ardiente,

¿Qué cosas su alma verá?  
La luz, noche le parece,  
Tierra y cielo se oscurece,  
Y rueda en un torbellino  
De nubes.—“Este camino  
Lleno de espinas está:

“Y la llanura, María,  
¿No vés cuán triste y sombría?  
¿Dónde vamos?—A la muerte.—  
Triunfó la enemiga suerte.”  
Dice delirando Brian.

“Cuán caro mi amor te cuesta!  
Y mi confianza funesta,  
Cuánta fatiga y ultrajes!  
Pero pronto los salvajes  
Su deslealtad pagarán.”

Cobra María el sentido  
Al oír de su querido  
La voz, y en gozo nadando  
Se incorpora, en él clavando  
Su cariñosa mirada.

“Pensé dormías, la dice,  
Y despertarte no quise;  
Fuera mejor que durmieras

Y del bárbaro no oyeras  
La estrepitosa llegada.

“¿Sabes?—Sus manos lavaron,  
Con infernal regocijo,  
En la sangre de mi hijo;  
Mis valientes degollaron.  
Como el huracán pasó,  
Desolación vomitando,  
Su vigilante perfidia.  
Obra es del inicuo bando,  
¡Qué dirá la torpe envidia!  
Ya mi gloria se eclipsó.

“De paz con ellos estaba  
Y en la villa descansaba.—  
Oye, no te fíes, vela,—  
Lanza, caballo y espuela  
Siempre lista has de tener.—  
Mira donde me han traído,—  
Atado estoy, y ceñido;  
No me es dado levantarme,  
Ni valerte ni vengarme,  
Ni batallar ni vencer.

“Venga, venga mi caballo,  
Mi caballo por la vida;  
Venga mi lanza fornida,  
Que yo basto a ese tropel.—  
Rodeado de picas me hallo.—  
Paso, canalla traidora,  
Que mi lanza vengadora  
Castigo os dará cruel.

“¿No miráis la polvareda  
Que del llano se levanta?  
No sentís lejos la planta  
De los brutos retumbar?  
La tribu es, huyendo leda,  
Como carnicero lobo,  
Con los despojos del robo,  
No de intrépido lidiar.

“Mirad ardiendo la villa,  
Y degollados dormidos  
Nuestros hermanos queridos  
Por la mano del infiel.  
¡Oh mengua! ¡oh rabia! ¡oh mancilla!  
Venga mi lanza ligero,  
Mi caballo parejero,  
Daré alcance a ese tropel.”

Se alzó Brian enajenado,  
Y su bigote erizado  
Se mueve; chispean rojos,  
Como centellas, sus ojos  
Que hace el entusiasmo arder;  
El rostro y talante fiero,  
Do resalta con viveza  
El valor y la nobleza,  
La majestad del guerrero  
Acostumbrado a vencer.

Pero al punto desfallece.  
Ella atónita enmudece,  
Ni halla voz su sentimiento;  
En tan solemne momento  
Flaquea su corazón.  
El sol pálido declina:  
En la cercana colina  
Triscan las gamas y ciervos  
Y de caranchos y cuervos  
Grazna la impura legión.

De cadáveres avara,  
Cual si muerte presagiara.  
Así la caterva estulta,  
Vil al heroísmo insulta,

Que triunfante veneró.  
María tiembla.—El alzando  
La vista al cielo, y tomando  
Con sus manos casi heladas  
Las de su amiga adoradas,  
A su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:  
“Oye,—de Dios es arcano,  
Que más tarde o más temprano  
Todos debemos morir.  
Insensato el que maldice  
La ley que a todos iguala:  
Hoy el término señala  
A mi robusto vivir.

“Resígnate;—bien venida  
Siempre, mi amor, fué la muerte  
Para el bravo, para el fuerte  
Que a la patria y al honor  
Joven consagró su vida:  
¿Qué es ella?—una chispa, nada,  
Con ese sol comparada,  
Raudal vivó de esplendor.

“Lá mía brilló un momento,  
Pero a la patria sirviera;  
También mi sangre corriera  
Por su gloria y libertad.  
Lo que me da sentimiento  
Es que de tí me separo,  
Dejándote sin amparo  
Aquí en esta soledad.

“Otro premio merecía  
Tu amor y espíritu brioso,  
Y galardón más precioso  
Te destinaba mi fe.  
Pero ¡ay Dios! la suerte mía  
De otro modo se eslabona;  
Hoy me arrancan la corona  
Que insensato ambicioné.

“¡Si al menos la azul bandera  
Sombra a mi cabeza diese!  
¡O antes por la patria fuese  
Aclamado vencedor!  
¡Oh destino! quien pudiera  
Morir en la lid, oyendo  
El alarido y estruendo,  
La trombeta y atambor.

“Tal gloria no he conseguido,  
Mis enemigos triunfaron;  
Pero mi orgullo no ajaron  
Los favores del poder.  
¡Qué importa! mi brazo ha sido  
Terror del salvaje fiero:  
Los Andes vieron mi acero  
Con honor resplandecer.

“¡Oh estrépito de las armas!  
¡Oh embriaguez de la victoria!  
¡Oh campos, soñada gloria!  
¡Oh lances del combatir!  
Inesperadas alarmas,  
Patria, honor, objetos caros,  
Ya no volveré a gozaros;  
Joven yo debo morir.

“Hoy es el aniversario  
De mi primera batalla,  
Y en torno a mí todo calla...  
Guarda en tu pecho mi amor,  
Nadie llegue a su santuario...  
Aves de presa parecen,—  
Ya mis ojos se oscurecen;—  
Pero allí baja un condor.

“Y huye el enjambre insolente.  
Adiós, en vano te aflijo...  
Vive, vive para tu hijo,  
Dios te impone ese deber.—  
Sigue, sigue al occidente  
Tu trabajosa jornada:  
Adiós, en otra morada,  
Nos volveremos a ver.”

Calló Brian, y en su querida,  
Clavó mirada tan bella,  
Tan profunda y dolorida,  
Que toda el alma por ella  
Al parecer exhaló.  
El crepúsculo esparcía  
En el desierto luz mustia.  
Del corazón de María,  
El desaliento y angustia,  
Sólo el cielo penetró.

---

## NOVENA PARTE

---

### MARIA

Fallece esperanza y crece tormento.

ANONIMO.

Morte bella pareo nel suo bel viso.

PETRARCA.

La muerte parecía

Bella en su rostro bello.

¿Qué hará María?—En la tierra  
Ya no se arraiga su vida.  
¿Dónde irá?—Su pecho encierra  
Tan honda y vivaz herida,  
Tanta congoja y pasión,  
Que para ello es infecundo  
Todo consuelo del mundo,  
Burla horrible su contento,  
Su compasión un tormento,  
Su sonrisa una irrisión.

¿Qué le importan sus placeres,  
Su bullicio y vana gloria;  
Si ella, entre todos los seres,  
Como desechada escoria,  
Lejos, olvidada está?  
¿En qué corazón humano,  
En qué límite del orbe,  
El tesoro soberano,  
Que sus potencias absorbe,  
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,  
Y una fresca sepultura  
Encuentra; lecho postrero,  
Que al cadáver del guerrero  
Preparó el más fino amor.  
Sobre ella hincada María,  
Muda como estatua fría,  
Inclinada la cabeza,  
Semejaba a la tristeza  
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos  
Caen por los hombros tendidos,  
Y sombrean de su frente,  
Su cuello y rostro inocente,

La nevada palidez.  
No suspira allí, ni llora;  
Pero como ángel que implora,  
Para miserias del suelo  
Una mirada del cielo,  
Hace esta sencilla prez:

—“Ya en la tierra no existe  
El poderoso brazo,  
Donde hallaba regazo  
Mi enamorada sien:  
Tú ¡oh Dios! no permitiste  
Que mi amor lo salvase,  
Quisiste que volase  
Donde floreçe el bien.

Abre, Señor, a su alma  
Tu seno regalado,  
Del bienaventurado  
Reciba el galardón:  
Encuentre allí la calma,  
Encuentre allí la dicha,  
Que busca en su desdicha  
Mi viudo corazón.”—

Dice. Un punto su sentido  
Queda como sumergido.—  
Echa la postrer mirada  
Sobre la tumba callada  
Donde toda su alma está.—  
Mirada llena de vida;  
Pero lánguida, abatida  
Como la última vislumbre  
De la agonizante lumbre,  
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;  
Y tomando por la orilla  
Del arroyo hácia el ocaso,  
Con indiferente paso,  
Se encamina al parecer.  
Pronto sale de aquel monte  
De paja, y mira delante  
Ilimitado horizonte,  
Llanura y cielo brillante,  
Desierto y campo doquier.

¡Oh noche! oh fúlgida estrella,  
Luna solitaria y bella,  
Sed benignas! el indicio  
De vuestro influjo propicio

Siquiera una vez mostrad.  
Bochornos, cálidos vientos,  
Inconstantes elementos,  
Preñados de temporales,  
Apiadaos; fieras fatales  
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos  
De los míseros humanos  
Está el oculto destino,  
Siquiera un rayo divino  
Haz a su esperanza ver.  
Vacilar, de alma sencilla  
Que resignada se humilla,  
No hagas la fe acrisolada;  
Susténtala en su jornada,  
No la dejes perecer.

Adiós, pajonal funesto,  
Adiós, pajonal amigo,  
Se va ella sola ¡cuán presto  
De su júbilo, testigo,  
De su luto fuistes vos!  
El sol y la llama impía  
Marchitaron tu ufanía;  
Pero hoy tumba de un soldado

Eres y asilo sagrado:  
Pajonal glorioso, adiós.

Gózate; ya no se anidan  
En tí las aves parleras,  
Ni tu agua y sombra convidan  
Sólo a los brutos y fieras:  
Soberbio debes estar.  
El valor y la hermosura,  
Ligados por la ternura,  
En tí hallaron réfrigerio;  
De su infortunio el misterio  
Tú solo puedes contar.

Gózate: votos, ni ardores  
De felices amadores  
Tu esquividad no turbaron;  
Sino voces que confiaron  
A tu silencio su mal.  
En la noche tenebrosa,  
Con los ásperos graznidos  
De la legión ominosa,  
Oirás ayes y gemidos:  
Adiós, triste pajonal.

De tí María se aleja,  
Y en tus soledades deja  
Toda su alma; agradecido  
El depósito querido  
Guarda y conserva; quizá  
Mano generosa y pía  
Venga a pedírtelo un día:  
Quizá la viva palabra  
Un monumento le labra  
Que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina:  
Y la estrella matutina  
Caminando solitaria,  
Sin articular plegaria,  
Sin descansar ni dormir  
La ve.—En su planta desnuda  
Brota la sangre y chorrea;  
Pero toda ella, sin duda,  
Va absorta en la única idea  
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.—  
Su garganta es viva fragua,  
Un volcán su pensamiento;  
Pero mar de hielo y agua

Refrigerio inútil es  
Para el incendio que abriga;  
Insensible a la fatiga,  
A cuanto ve indiferente,  
Como mísera demente  
Mueve sus heridos pies,

Por el desierto.—Adormida  
Está su orgánica vida;  
Pero la vida de su alma  
Fomenta en sí aquella calma  
Que sigue a la tempestad,  
Cuando el ánimo cansado  
Del afán violento y duro,  
Al parecer resignado,  
Se abisma en el fondo obscuro  
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,  
Fiebre lenta y devorante,  
Ultimo efugio, suplicio  
Del infierno, semejante  
A la postrer convulsión  
De la víctima en tormento:  
Trance que si dura un día  
Anonada el pensamiento,

Encanece, o deja fría  
La sangre en el corazón.

Dos soles pasan.—¿Adónde  
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?  
¿Está por ventura exhausto?  
¿Más dolor en holocausto  
Pide a una flaca mujer?  
No;—de la quieta llanura  
Ya se remonta a la altura  
Gritando el yajá.—Camina,  
Oye la voz peregrina  
Que te viene a socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,  
Cómo te meces ufana!  
Reina sí, reina orgullosa  
Eres, pero no tirana  
Como el águila fatal:  
Tuyo es también del espacio  
El transparente palacio:  
Si ella en las rocas se anida,  
Tú en la esquivéz escondida  
De algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,  
El huracán y el tronido  
Ella busca, y deleite halla  
En los campos de batalla:  
Pero tú la tempestad,  
Día y noche vigilante,  
Anuncias al gaucho errante;  
Tu grito es de buen presagio,  
Al que asechanza o naufragio  
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera  
La voz del ave agorera,  
Oye, María, infelice;—  
Alerta, alerta, te dice;  
Aquí está tu salvación.—  
¿No la ves como en el aire  
Balancea con donaire  
Su cuerpo albo-ceniciento?  
¿No escuchas su ronco acento?  
Corre a calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,  
Ni el feliz reclamo escucha;  
Y caminando va a prisa:  
El demonio con que lucha

La turba, impele y amaga,  
Turbios, confusos y rojos  
Se presentan a sus ojos  
Cielo, espacio, sol, verdura,  
Quieta insondable llanura  
Donde sin brújula vaga.

Mas ¡ah! que en vivos corceles  
Un grupo de hombres armados  
Se acerca ¿serán infieles,  
Enemigos?—No, soldados  
Son del desdichado Brian.  
Llegan, su vista se pasma;  
Ya no es la mujer hermosa,  
Sino pálido fantasma;  
Mas reconocen la esposa  
De su fuerte capitán.

Creíanla cautiva o muerta;  
Grande fué su regocijo.  
Ella los mira y despierta.  
—“¿No sabéis qué es de mi hijo?”—  
Con toda el alma exclamó.  
Tristes mirando a María  
Todos el labio sellaron;  
Mas luego una voz impía:

“Los indios lo degollaron”  
Roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,  
Como quiebra al seco tallo  
El menor soplo de viento,  
O como herida del rayo  
Cayó la infeliz allí;  
Viéronla caer, turbados,  
Los animosos soldados,  
Una lágrima la dieron,  
Y funerales la hicieron  
Dignos de contarse aquí.

Aquella trama formada  
De la hebra más delicada,  
Cuyo espíritu robusto  
Lo más acerbo e injusto  
De la adversidad probó,  
Un soplo débil deshizo:  
Dios para amar, sin duda, hizo  
Un corazón tan sensible;  
Palpitar le fué imposible  
Cuando a quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!  
¡Cuál entraña te abortara!  
Mover al tigre pudiera  
Su vista sola;—y no hallara  
En tí alguna compasión,  
Tanta miseria y conflicto,  
Ni aquel su materno grito;  
Y como flecha saliste,  
Y en lo más profundo heriste  
Su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones  
De un mar de tribulaciones  
Ella arrostró; y la agonía  
Saboreó su fantasía,  
Y el punzante frenesí  
De la esperanza insaciable,  
Que en pos de un deseo vuela;  
No alcanza el blanco inefable,  
Se irrita en vano y desvela;  
Vuelve a devorarse a sí.

Una a una, todas bellas,  
Sus ilusiones volaron,  
Y sus deseos con ellas;  
Sola y triste la dejaron

Sufrir hasta enloquecer.  
Quedaba a su desventura  
Un amor, una esperanza,  
Un astro en la noche oscura,  
Un destello de bonanza,  
Un corazón que querer.

Una voz cuya armonía  
Adormecerla podría;  
A su llorar un testigo,  
A su miseria un abrigo,  
A sus ojos qué mirar.  
Quedaba a su amor desnudo  
Un hijo, un vástago tierno;  
Encontrarlo aquí no pudo,  
Y su alma al regazo eterno  
Lo fué volando a buscar.

Murió; por siempre cerrados  
Están sus ojos cansados  
De errar por llanura y cielo,  
De sufrir tanto desvelo,  
De afanar sin conseguir.  
El atractivo está yerto  
De su mirar: ya el desierto,  
Su último asilo, los rastros

De tan hechiceros astros  
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aún hay vestigio.  
¿No veis el raro prodigio?  
Sobre su cándida frente  
Aparece nuevamente  
Un prestigio encantador.  
Su boca y tersa mejilla  
Rosada, entre nieve brilla,  
Y revive en su semblante  
La frescura rozagante  
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,  
Y estampó en su rostro hermoso  
Aquel inefable hechizo,  
Inalterable reposo,  
Y sonrisa angelical,  
Que destellan las facciones  
De una virgen en su lecho;  
Cuando las tristes pasiones  
No han ajado de su pecho  
La pura flor virginal.

Entonces el que la viera,  
Dormida ¡oh Dios! la creyera;  
Deleitándose en el sueño  
Con memorias de su dueño,  
Llenas de felicidad:  
Soñando en la alba lucida  
Del banquete de la vida  
Que sonríe a su amor puro:—  
Mas ¡ay! que en el seno oscuro  
Duerme de la eternidad.

---

## EPILOGO

---

Douce lumière, es tu leur ame?

LAMARTINE.

¿Eres, placida luz, el alma de ellos?

¡Oh María! Tu heroísmo,  
Tu varonil fortaleza,  
Tu juventud y belleza  
Merecieran fin mejor.  
Ciegos de amor el abismo  
Fatal tus ojos no vieron,  
Y sin vacilar se hundieron  
En él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía  
Salvar quisiste a tu amante,  
Y lo viste delirante  
En el desierto morir.  
¡Cuál tu congoja sería!

¡Cuál tu dolor y amargura!  
Y no hubo humana criatura  
Que te ayudase a sentir.

Se malogró tu esperanza;  
Y cuando sólo te viste,  
También mísera caíste,  
Como árbol cuya raíz  
En la tierra ya no afianza  
Su pompa y florido ornato:  
Nada supo el mundo ingrato  
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta  
Como diamante en la mina,  
La belleza peregrina  
De tu noble alma quedó.  
El desierto la sepulta,  
Tumba sublime y grandiosa,  
Do el héroe también reposa.  
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida  
Fué amar, amor tu delirio,  
Amor causó tu martirio,  
Te dió sobrehumano ser;  
Y amor, en edad florida,

Sofocó la pasión tierna,  
Que omnipotencia de eterna  
Trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,  
De amor, ¡oh bella María!  
Que la virgen poesía  
Corona te forma ya  
De ciprés entretejido  
Con flores que nunca mueren;  
Y que admiren y veneren  
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,  
Inhospitable morada,  
Que no siempre sosegada  
Mira el astro de la luz;  
Descollando en una altura,  
Entre agreste flor y yerba,  
Hoy el caminante observa  
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre  
La copa extensa y tupida  
De un ombú (1), donde se anida

---

(1) Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras como

La altiva águila real;  
Y la varia muchedumbre  
De aves que cría el desierto  
Se pone en ella a cubierto  
Del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano  
Plantó aquel árbol benigno,  
Ni quién a su sombra el signo  
Puso de la redención.  
Cuando el cautivo cristiano  
Se acerca a aquellos lugares,  
Recordando sus hogares,  
Se postra a hacer oración.

Fama es que la tribu errante,  
Si hasta allí llega embebida  
En la caza apetecida  
De la gama y avestruz,  
Al ver del ombú gigante  
La verdosa cabellera,  
Suelta al potro la carrera  
Gritando:—"allí está la cruz."

---

la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre: pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío.

Y revuelve atrás la vista,  
Como quien huye aterrado,  
Creyendo se alza el airado,  
Terrible espectro de Brian.  
Pálido el indio exorcista  
El fatídico árbol nombra;  
Ni a hollar se atreven su sombra  
Los que de camino van.

También el vulgo asombrado  
Cuenta que en la noche oscura  
Suelen en aquella altura  
Dos "luces" aparecer;  
Que salen y habiendo errado  
Por el desierto tranquilo,  
Juntas a su triste asilo  
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes  
Serán del páramo aerio,  
Quizá espíritus,—¡misterio!  
Visiones del alma son.  
Quizá los sueños brillantes  
De la inquieta fantasía,  
Forman coro en la armonía  
De la invisible creación.

# **La guitarra**

**0**

## **Primera página de un libro**

---

**A.—**What harmony is this? My good friends, hark!

**C.—**Maravillous sweet music!!

**This is no mortal business, nor no sound  
That the earth owes.**

**SHAKESPEARE.—**"The tempest."

## PRIMERA PARTE

### I.

El cielo era sin nubes: centellaban  
Con resplandor incierto las estrellas  
En el diáfano velo de la noche,  
Como claros diamantes en las trenzas  
De la modesta virgen: y la Luna,  
Astro de amor, sobre la triste tierra  
Hermosa y melancólica esparcía  
Su nítida y radiante cabellera.  
Dormían los mortales fatigados  
Del intenso afanar que fué su herencia,  
Y estático Ramiro contemplaba  
El astro de la noche y su diadema,  
Respirando las auras de la Pampa  
Que a zahumar vienen la morada regia  
Donde dormita el Plata silencioso.  
Suspendida su mente en las esferas  
Fantásticas del cielo, se perdía

En mil cavilaciones halagüeñas;  
Desaparecía el mundo ante sus ojos,  
Y aquel bien infinito de la idea,  
Deleite sin acíbar que concibe  
El mísero mortal y nunca prueba,  
Llegaba a paleadar; mas de repente  
Del fantástico sueño lo despierta  
La armonía fugaz de una guitarra,  
Que dichoso amator quizá a la reja  
De su querida pulsa; ¡cuánto afecto  
Movió en su corazón aquella tierna  
Melancólica trova!—de otra vida,  
Vida de amores y de encanto llena,  
Era revelación;—adiós postrero  
De horas de dicha que pasaron bellas  
Para más no volver;—era presagio  
De infortunio o de gloria venidera.  
Enmudeció la voz y el instrumento.  
Corrió entonces Ramiro a su vihuela,  
Largo tiempo olvidada, que fué siempre  
De su ambulante vida compañera,  
Y entonó esta canción que allá en España  
En alabanza suya hizo un poeta:

Quién no oyó en noche clara y serena  
Cantar contigo su dicha o pena

Al amador,  
Ese no sabe, guitarra mía,  
Con que eficacia tu melodía  
Habla de amor.

La más esquiva, la más ingrata  
Cede al halago de tu voz grata,  
De tu gemir;  
Y al pecho blando de la que adora  
Llevas una aura consoladora  
Que hace vivir.

Cada son tuyo que dulce vibra,  
Electrizando, mueve una fibra  
Del corazón;  
Sueños dorados infunde al alma,  
Tristes recuerdos disipa y calma  
Su agitación.

Si el labio puro de alguna bella  
De amor entona tierna querella  
A par de tí;  
No es de la tierra, no, fugitiva  
Esa armonía que nos cautiva,  
Divina sí.

## II.

Diez y ocho años tenía y era bella,  
Bella entre las hermosas Argentinas,  
Que son reinas de amor en Buenos Aires  
Como el río que baña sus orillas.

Diez y ocho años tenía, y en su rostro,  
Donde el candor de la niñez se pinta,  
La sombra pasajera e importuna  
De congojoso afán se descubría.

Y de alma resignada a su destino,  
Probada en el crisol de la desdicha,  
La mansedumbre angélica, imprimiendo  
Inefable expresión a su sonrisa.

Sus negros ojos, de rasgada forma,  
Eran focos de amor, luces de vida,  
Y el fuego de pasiones afectuosas  
Asomaba al través de sus pupilas.

Bella era Celia, al parecer dichosa,  
Porque todo en redor la sonreía,  
Porque el mundo para otras tan ingrato  
Sus codiciados bienes la prodiga.

Era en tanto infeliz, porque el tesoro  
Que apetecen las almas afectivas,  
El soplo engendrador que las fecunda,  
El aliento vital que las anima;

Lo que las hace delirar de pena,  
Lo que las hace palpitár de dicha,  
Lo que despierta en ellas sin saberlo,  
Deseos y esperanzas infinitas;

Lo que transforma en vasto paraíso  
La mansión solitaria donde habitan,  
O en palacio encantado donde se oye  
Concierto de inefables armonías;

El amor y sus ansias y deleites,  
Ella que tierno corazón abriga,  
Que nació para amar y ser amada,  
Sintiéndolo ideal, no conocía.

Y entretanto era esposa; a un hom-  
[bre adusto  
Con lazo indisoluble se ve unida,  
Que entre el ara de Dios y el sacerdote  
Pronunció el sí fatal con voz sumisa.

Mintió su labio o tímido no dijo,  
Lo que su niño corazón sentía,  
Por complacer de padres ignorantes  
El capricho insensato o la codicia.

Prometió amor y fe en sus quince abri-  
[les  
A un hombre que no amaba, inadvertida,  
Y cuando abrió los ojos más experta,  
Ni sintió amor por él, ni simpatía.

Se halló sin porvenir y condenada  
A arrastrar existencia aborrecida,  
Mientras en torno suyo respiraba  
Todo contento al parecer y dicha.

Y Celia era infeliz, porque no amaba,  
Porque, sonriendo, a su pesar, mentía,  
Porque sentir amor, manifestarlo,  
Para su tierno pecho era la vida.

Y Celia algún consuelo solamente  
Encontraba en la música expresiva  
De su vihuela amada, cuyo hechizo  
De sus horas el tedio adormecía.

Diestra pulsaba el instrumento amigo,  
Cantaba al son de sus sonoras fibras  
Las congojas de su alma solitaria,  
Y en su música y canto embebecida,

Olvidaba el rigor de su destino,  
Semejante aquella ave peregrina  
Que cantando a los bosques silenciosos  
Refiere su pesar y lo mitiga.

### III.

Era una noche de verano bella,  
Noche de arrobamiento y de delirio,  
De esas que no se olvidan porque dejan  
Rastro en el corazón intenso y vivo.  
Callaba la ciudad que coquetea  
Al mirarse en las aguas de su río,  
Y el empíreo estrellado semejaba  
De la tórrida zona el mar tranquilo.  
Cuando en su vasto seno reverberan,  
Deslumbrando la vista fugitivos  
Mil destellos de luz; el aura leve  
Dormía silenciosa en el retiro  
De su aéreo palacio, y ni se oía  
Del vagabundo coro de los silfos

El mágico rumor; Ramiro, entonces,  
Absorto en las regiones de su espíritu,  
Por solitaria calle caminaba,  
Cuando hechicera voz de sus sentidos  
Encadenó la acción; llegó a una reja,  
Y al compás melodioso y expresivo  
De sonora vihuela aquestos versos  
Oyó cantar con pecho enternecido:

Acongojada mi alma  
Día y noche delira;  
El corazón suspira  
Por ilusorio bien;  
Mas las horas fugaces  
Pasan en raudo vuelo,  
Sin que ningún consuelo  
A mi congoja den.

Entre mis venas corre,  
Quitándome el sosiego,  
De comprimido fuego  
El devorante ardor;  
Pero una voz secreta  
Me dice, infortunada,  
Vivirás condenada  
A eterno desamor.

Como muere la antorcha  
Escasa de alimento,  
Así morir me siento  
En mi temprano albor;  
Ningún soplo benigno  
Da vigor a mi vida,  
Pues vivo sumergida  
En triste desamor.

Como fatuo destello  
Que brilla y se evapora,  
Se oscureció en su aurora  
El astro de mi amor;  
Se fué con él mi dicha,  
Se fué con él mi calma,  
Sólo ha quedado a mi alma  
Perpetuo desamor.

El concierto de canto y melodía,  
No humano, al parecer, sino divino,  
Interrumpió preludio quejumbroso  
Del frágil instrumento. y un suspiro.  
Quedó todo en silencio, y a su albergue  
Congoja y turbación llevó Ramiro.

## IV.

En un bizarro alazán,  
Que libre, ufano y soberbio  
Cuando joven en la Pampa (1)  
Pació la grama y el trébol,  
Salió una tarde Ramiro,  
Solo con su pensamiento,  
A recorrer las campiñas,  
Cuyos jardines y huertos  
En el florido verano  
Brindan holganza a aquel pueblo,  
Que en las famosas orillas  
Del Plata tiene su asiento.  
Llegó a una quinta (2) cansado,  
Cuando ya mustio y sereno  
El crepúsculo esparcía,  
Sobre la tierra y el cielo,  
Aquella luz misteriosa  
Cuyos pálidos reflejos  
Llevan al alma agitada

---

(1) Pampa.—Llanura desierta.

(2) Quinta.—Mansión de recreo no lejos de la ciudad, donde generalmente se cultivan árboles frutales y hortalizas.

Tristeza y recogimiento;  
Y allí encontró reunido,  
Como en un jardín ameno,  
De la belleza porteña (1)  
Lo más gracioso y perfecto.  
Una de ellas, cuya frente  
Sombreaban con misterio  
El pudor y la congoja,  
Entonce al son hechicero  
De la guitarra cantaba  
Tristes y amorosos versos.  
La voz, la música, el canto,  
Todo su ser conmovieron,  
Y despertaron al punto  
En su memoria recuerdos;—  
Clavó el mirar ¡oh delicia!  
Vió de la hermosura el cielo,  
De las gracias el conjunto,  
Y embelesado en silencio  
Admiraba de su labio  
Los peregrinos acentos,  
La expresión indefinible

---

(1) Porteña.—Llaman así los provincianos a la mujer nacida en Buenos Aires, por estar esta ciudad situada a orillas del único puerto hábil de la República Argentina.

De su semblante, sus negros  
Ojos, rutilando llamas  
De amor como dos luceros;  
Y entre sí mismo decía:  
“Feliz del hombre que objeto  
Sea de tu alma querido,  
Del que cifre en tí su anhelo,  
Del que beba tus caricias,  
Y se recline en tu pecho.”  
Cesó el canto; Celia, entonces,  
Unas y otras repitieron,  
Y de Celia el dulce nombre  
Volaba de extremo a extremo,  
Del salón donde reinaba  
Su hermosura y su talento.  
A las manos de Ramiro  
Vino la guitarra luego,  
Y animado con la vista  
De tantas hermosas, diestro  
Pulsó las fibras sonoras,  
Sus más íntimos secretos  
La pidió, cual si entendiera  
Ella el hablar de sus dedos.  
Quedaron de su armonía  
Los corazones suspensos,

Ni articulaban los labios  
Ni suspiraban los pechos;  
Y mientras las bellas todas,  
En silencioso embeleso,  
Permanecían, Ramiro  
Preludiando en tonos nuevos,  
Ora animados suspiros,  
Ora misteriosos ecos,  
Brotar hacía inspirado  
Del melodioso instrumento.  
Cesó al fin; todas a una  
Su habilidad aplaudieron;  
Sólo Celia, Celia sola  
Con elocuente silencio,  
Con un suspiro del alma,  
Con un mirar placentero,  
Colmó a Ramiro de gloria,  
De amor y júbilo a un tiempo.  
¿Quién al deleite se niega  
De la música y el seno  
Latir no siente de gozo,  
Al oír esos acentos  
Que penetra hasta el alma,  
Aun por los poros, haciendo  
Conmoción inexplicable

Temblar las fibras del cuerpo?  
Y cuando entona ese canto,  
Con voz que habla al sentimiento,  
La bella en quien arraigado  
Está todo el vivir nuestro,  
El corazón se sublima  
Con las alas del deseo,  
A una esfera de ventura,  
De indecible arrobamiento,  
Y de delicias, que nunca  
Las que no amaron sintieron.

#### IV.

Celia dormía y soñaba.  
Su esposo al lado despierto  
Observaba con asombro  
La agitación de su sueño;  
Su alma flotaba dudosa,  
Y ya la rabia y los celos  
Hervir, palpar hacían  
Sus arterias y su pecho;  
Ya creía, alucinado,  
Que las caricias y besos,  
Que dormida le prodiga,

Eran del cariño efecto.  
Entre dientes murmuraba  
Un nombre... “—¿Quién será, cielos?”  
Decía él, y un sudor frío,  
Y como chispas de electro  
Por sus entrañas corrían;  
Y ella con halagos nuevos  
De su corazón calmaba  
Los impetuosos recelos.

Celia decía:—“Huye, cese  
Por piedad de tu instrumento  
Esa hechicera armonía  
Que en mi derrama un incendio...  
No puedo amarte, mi esposo...  
¿Lo veis, lo veis, con que ceño  
Tan iracundo me mira  
Porque yo amarle no puedo?  
Mi corazón desdichado  
Por siempre al amor ha muerto...  
El himeneo me liga...  
A otro hombre yo pertenezco...  
¡Oh si yo pudiera amarte!  
¡Qué dicha! el amor que siento,  
Este amor que sofocado  
Es de mi vida el infierno,

Tuyo sería; sería...  
Tuyo cuanto yo poseo...  
¿Con qué gusto y qué delicia  
Te estrecharía en mi seno?...  
Mis halagos, mis caricias,  
Mi vida... ven que me muero...  
Escucha... mi esposo, el lazo  
Sacrosanto de himeneo,  
El deber, la virtud, mira!...  
Son obstáculos eternos  
Que entre yo y tú se interponen...  
¡Dios mío!... ven que me muero!"

Al oír estas palabras,  
Delirios de amor intenso,  
Interrumpidas a veces  
De suspiros y silencio,  
Que revelaban de su alma  
Los más íntimos secretos,  
Dejó la cama su esposo  
La sangre en furor hirviendo,  
Y echando mano a un puñal,  
De su venganza instrumento,  
Sin decir una palabra,  
Los ojos chispeando fuego,  
A herirla va.—De la luna

Penetrando los reflejos,  
Por la ventana, bañaban  
De Celia el rostro hechicero.  
Entonce, y cual si pudiera  
Manifestar sentimiento,  
De su querida guitarra,  
Se troncharon y rompieron  
Las cuerdas todas repente,  
Con son horrible gimiendo:—  
Trémula, inmoble, al ruido  
Soltó su mano el acero:  
Desarmólo la hermosura  
O quizá el remordimiento.  
¿Cómo no apiadarse al ver  
Tanta belleza? ¿Aquel seno  
Todo hechizos inefables?  
¿Aquéllos labios risueños  
Donde poco antes los suyos  
Enajenados bebieron  
Gloria indecible, torrentes  
De dulcedumbre y contento?  
¿Aquel ángel que fascina  
Como serpiente aun durmiendo?  
Dudó tal vez; mas miróla  
Con tan espantoso ceño,

Con tan iracundos ojos  
Que si a los suyos abiertos  
Hallarán, hubiera sido  
Aquel su dormir eterno.  
Y con un mar de pasiones  
En el corazón soberbio  
Salió de allí, como el que huye  
De algún pavoroso espectro,  
Que su espíritu conturba,  
“—Pérfida Celia, diciendo;  
Mujer pérfida, no esposa,  
Yo descubriré el misterio  
De tus amores... entonces!  
Tiembla, como tigre fiero  
Despedazaré tu vida...  
Me gozaré en tu tormento...  
Yo me hartaré con la sangre  
De ese rival que detesto,  
Después que esté puñal mío,  
Vengativo y justiciero,  
Ese tu adúltero amor  
Vivo te arranque del pecho.”

## VI.

Celia en vela y llorando vió la aurora.  
Hermosa estaba;—palidez sombría,  
Abatimiento, agitación interna  
En su faz melancólica se pintan,  
Las intensas pasiones así al rostro  
Con señal indeleble estigmatizan,  
Dejando en la conciencia lacerada  
Rastro que no se borra, llaga viva,  
Gusano roedor que nunca muere,  
Noche llena de ensueños y tristísima.  
No habiendo amado nunca, el fuego todo  
De su robusta edad, virgen ardía  
Allá en su corazón secretamente,  
Y se cebaba en él, y por sus fibras  
Insufribles ardores derramaba:  
Hasta que a impulso de pasión activa,  
Como impetuosa lava reventando,  
Devorase la trama de su vida;  
Hasta que otra alma ardiente y amorosa,  
Otra alma solitaria y peregrina  
Por misterioso acaso penetrase  
Los secretos de su alma enardecida.  
Hallóla al fin cuando el destino quiso,

O su fatal estrella, y a sí misma  
Se dijo alborozada: "Hélo, ¡Dios mío!  
El que yo ví en mis sueños noche y día,  
El que a mi amor tus juicios destinaron  
Y me robó por siempre la desdicha;  
Hélo el hombre que adoro" y desde en-  
[tonces

Quedó clavada en él su fantasía.  
Halló aquel corazón cuyos latidos  
A los del suyo tierno respondían,  
Aquel que para amar necesitamos  
Y sentir las dulzuras infinitas  
Que no es dado expresar a humana lengua,  
Y que al mortal los ángeles envidian.  
Hallólo pero tarde, cuando a otro hombre  
Indisoluble vínculo la liga.  
Cuando la ley de Dios y de la patria  
Perjura, infiel a su conciencia gritan,  
Cuando amar era un crimen; y esta idea,  
Ante la cual su espíritu se abisma,  
Pone en lucha tremenda sus afectos;  
Porque en él sin cesar, estaba unida,  
Con la inefable imagen de sus sueños,  
Y despierta o durmiendo ver la hacía  
El infierno con todos sus martirios,  
El edén del amor con sus delicias.

## VII.

Un hombre el campo corría,  
Corría a la madrugada,  
En un caballo tostado,  
De la agitación de su alma  
Viva imagen; una furia  
Lleva asida en las entrañas,  
Y en el corazón soberbio  
Una víbora enroscada.  
El huye, él huye furioso  
Y la espuela al bruto clava,  
Que las crines sacudiendo,  
Y echando espuma encarnada,  
Bebe el anchuroso espacio,  
Abre ufano nariz ancha,—  
Corre, corre, vuela, vuela,  
Se azora y la oreja para,  
Siente en el ijar las púas,  
Bufa, se encoge y se lanza,  
Caracoleando, y de un salto  
Zanjas y barrancos salva.  
El correr dobla sus bríos,  
El aguijón le pone alas.  
¿Dónde van bruto y jinete?

¿Dónde con presura tanta?—  
El uno a su amo obedece,  
El otro lleva en las ancas  
Un demonio que le acosa,  
Un demonio que le amaga  
Y le grita: “Hiere, hiere,  
Tu honor, insensato, lava.”  
El huye, él huye turbado,  
Ni echa en torno una mirada,  
Y en el aire enrojecido  
Sólo vé sombras que vagan.  
Sangre le pide su honor,  
Sangre pide su venganza,  
Sangre balbucen sus labios;  
Sangre su soberbia ajada.  
¿Quién es?—de Celia el esposo.  
¿De quién huye?—de su rabia,  
De los vengativos celos  
Que en su pecho se levantan.  
Pero en vano, ellos le siguen,  
El espíritu le asaltan  
Y le gritan al oído:  
“Muerte a la perjura que ama”.  
Corre, infeliz, no te pares,  
Vasto es el campo; erizada

Tu carrera está de abismos  
Y de agujones tu almohada;  
No hay sueño, no, para tí,  
No descanso para tu alma;  
Que las manchas del honor  
Ni aún con la sangre se lavan.  
Sudando y lleno de polvo  
Vuelve el esposo a su casa.  
En los ijares del bruto,  
Brotó sangre colorada,  
Y el corazón de su dueño  
Arde como viva brasa.  
Y por corredor sombrío  
Ciego penetra a la estancia  
De Celia, a tiempo que triste  
Su instrumento ella templaba,  
Su vihuela que era su ángel.—  
Ambos se miran y callan;—  
Ella tiembla y palidece  
Como si viera el fantasma  
De la muerte aparecerse  
Trayéndola una mortaja.  
“Celia ¡qué pálida estás!  
¿Has pasado noche mala?  
Tus ojos, Celia, han llorado  
¿Podré yo saber la causa?”

“—Tu semblante, esposo mío,  
Algo siniestro presagia...  
Si he llorado fué por tí...  
Oye una canción que espanta  
Los tristes presentimientos  
Y las congojas aciagas.—”

Ven a mis brazos,  
Esposo mío.  
¿Por qué ese ceño  
Triste y sombrío  
Que da pavor?  
Ven y descansa  
De la fatiga,  
De los cuidados;  
Yo soy tu amiga,  
Yo soy tu amor.

¡Mira! mis ojos  
Por tí han llorado,  
Toda la noche  
Se han desvelado  
También por tí.  
¿Por qué dejarme,  
Esposo mío,  
Si a tus enojos,

Ni a tu desvío  
Causa no dí?

“Basta, basta, Celia mía;  
En tu voz y tus palabras  
Hay un talismán oculto,  
Hay una hechicera magia;  
Y en los melífluos sonidos  
De tu querida guitarra  
No sé qué, que de mi sangre  
La fiebre ardorosa calma;—  
Gracias te doy, mi Sirena,  
A tu vihuela doy gracias,  
Ella merece tu amor...  
Me voy a dormir, descansa.”

### VIII.

Coronado de espléndida diadema  
El luminar del día se ocultaba  
En mar de resplandores, y la tierra  
Al quedar en tinieblas solitaria,  
Absorta y congojosa parecía.  
Ausente a la sazón de su morada  
El esposo de Celia, y perseguido,  
Acosado tal vez por el fantasma

Terrible de su honor, entre el bullicio  
Olvidar sus ofensas procuraba;  
Mientras Ramiro a la inocente Celia  
De su pasión funesta y temeraria  
Declaraba el misterio con acentos  
Tan llenos de ternura y de eficacia,  
Que a la misma virtud conmoverían.  
Celia fuera de sí, muda, agitada  
Por contrarios afectos, ni podía  
Repeler aquel hombre que idolatra,  
Ni su amor revelar; mas sus ojos  
El secreto de su alma traicionaban.  
Pero al fin le responde: "Huye, Ramiro,  
Y respeta la paz de mi morada;  
Ten piedad de mi estado; soy esposa,  
El deber, el honor, una muralla,  
Un abismo insondable han interpuesto  
Entre mi amor y el tuyo, y la venganza...  
La justicia de Dios nos está viendo...  
Huye, Ramiro, y mi inocencia salva."  
"—Celia divina; el corazón me parte  
Ese fiero rigor que a la constancia  
De pasión indomable e infinita  
Opone tu virtud; déjame, ingrata,  
De amor hablarte por la vez postrera,

Déjame aquesta dicha soberana  
De pensar en tu amor, ¿por qué tus ojos  
Ante los míos puso la desgracia?  
¿Por qué tu canto oyera y la armonía  
De aquella tu dulcísima guitarra?  
¿Por qué no fuí insensible a tus encantos?  
Oyelo y lo sabrás:—cuando dos almas  
Nacieron para amarse, ellas se buscan,  
Y hasta encontrarse sin destino vagan;  
Pero ¡ah de ellas si tarde! porque entonces  
En vez de glorias infortunios hallan,  
En vez del Cielo, Infierno; así, la mía  
Buscó la tuya, hasta que en hora infáusta  
La encontró al fin; no quieras la maldiga,  
No me quites, oh Celia, la esperanza,  
No me quites tu amor, porque es mi vida;  
¿Negaría tu mano un poco de agua  
Al mísero sediento, y tú me niegas  
El inocente don de una palabra?  
Pronuncie amor tu labio una vez sola,  
O muera yo de amor, pues, inhumana,  
Te gozas en mi mal:”—así Ramiro  
Decía a Celia, y la elocuencia rara  
De la pasión brotaba por su rostro.  
¡Lenguaje misterioso que las almas

Comprenden en silencio! Y como absorto,  
Colgado de su boca y sus miradas  
Permanecía mudo. Ella más tierna  
Y con lánguidos ojos contemplaba,  
Como engolfada en piélago de afectos,  
Aquel hombre rendido allí a sus plantas,  
Que era el Dios de su amor, a quien perjuro  
Su débil corazón incienso daba,  
Aquel amable seductor que tierno  
Besa y estrecha sus ardientes palmas,  
Aquel ángel benigno que le ofrece  
El tesoro de amor que ella buscaba,  
Y la pide tan solo en recompensa  
De esperanza y consuelo una palabra:  
Y rendido a un hechizo misterioso,  
Que sus potencias débiles enlaza,  
Sentía desmayar su fortaleza,  
De su esposo y sí misma se olvidaba,  
Y su entreabierto labio parecía  
Querer articular una palabra,  
Palabra celestial que apenas osa  
Pronunciar el pudor cuando más ama.  
Pero a la puerta asoma de repente  
El esposo ofendido que velaba;  
Ojos de fuego vibra aterradores

Sobre aquellos incautos, y se lanza  
Como el tigre feroz sobre la presa  
Con puñal que en su diestra arroja llamas,  
A traspasar a Celia;—mas Ramiro  
Al ver la arma siniestra se levanta  
Lleno de indignación; el fiero golpe  
Detiene con su brazo y lo desarma;  
Y al punto Celia cae, con ¡ay! profundo  
Con ¡ay! del corazón que a entrambos  
[pasma.

Y entonces ¡oh Dios! cual si armonía oculta  
Existiera entre Celia y su guitarra,  
Reventaron las fibras con violencia,  
Y fúnebre suspiro, queja infausta  
A par de ella exhalaron. ¿Se heló acaso  
El afectuoso pecho que arrancaba  
A su forma insensible acentos vivos,  
Y de su dulce voz cesó la magia,  
Cesó con la de Celia? Así es la vida,  
Delicado instrumento que derrama  
Torrentes de armonía, ecos sublimes  
Al soplo de pasiones inflamadas;  
Mas si ellas no lo animan, enmudece,  
O exhalando un suspiro se quebranta.

## SEGUNDA PARTE

### I.

Hay a más del externo que los sentidos  
[palpan  
Un mundo misterioso sin forma ni color,  
Mundo que presentimos y que sin duda  
[existe  
Porque nos cerca y mueve su infatigable  
[acción.

---

Un mundo de armonías, de fuerzas que di-  
[funden,  
Fluyendo de la vida, la actividad doquier,  
De ocultas simpatías, magnéticas influen-  
[cias  
Que obran bajo el imperio de inescrutable  
[ley.

---

Cadena imperceptible que el ser al no ser  
[liga,  
La materia al espíritu y la natura al "yo".  
Y uniendo de las almas los íntimos afectos,  
En relación nos pone con lo animado y Dios

---

Eléctrica sustancia que al universo abarca,  
Emanación divina, espíritu sutil;—  
Misterios son de un mundo que el ojo no  
[percibe,  
Y la razón en vano pretende concebir.

---

La voz de la conciencia a veces nos lo  
[anuncia,  
A veces lo adivina profeta el corazón,  
A veces el poeta columbra sus prodigios,  
Les da visible forma su soplo engendrador.

---

¿Por qué al mirar la luna, surcando ma-  
[jestuosa  
En carro de zafiros el firmamento azul,  
Cuando el aura embalsama el lecho donde  
[el Plata  
Dormita bajo palio de transparente luz,

Estáticos probamos deleite indefinible,  
Gozamos de la calma que reina en derredor  
Los ecos escuchamos de música inefable,  
Vivimos de la vida que anima la creación?

---

Mil lenguas ella tiene, mil voces que nos  
[hablan  
Vagamente de gloria, felicidad y amor;  
Su vida es armonía, y cada eco que exhala  
Despierta en nuestras almas sonora vibra-  
[ción.

---

¿Por qué cuando se goza nuestro ánimo  
[tranquilo  
Fatal presentimiento lo viene a atribular,  
Y el gemido lejano del corazón que amamos  
Llega a turbar del nuestro la solitaria paz?

---

¿Por qué al ver la hermosura en rostro de  
[quince años,  
La sonrisa inefable del virginal pudor,  
Purificada el alma sentimos como si ella  
Emanaciones puras transpirase de Dios?

¿Por qué nos arrebató la inspiración del  
[genio,  
Un acto de heroísmo, de amor o de virtud,  
Y la belleza tiene tan poderosa magia  
Que a la vejez helada palpar hace aún?

---

La vida es la armonía; nuestra alma un  
[instrumento  
Que vibra unisonante con la obra del Crea-  
[dor;  
Pero se rompe frágil y disonantes ecos  
Exhala destemplada su solitaria voz.

---

Del instrumento entonces las fibras enmu-  
[decen,  
O al aire dan en vano su lánguido gemir;  
La vida es como antorcha que en medio  
[de un sepulcro  
Sin pábulo arde mística para extinguirse  
[al fin.

---

Celia es esa antorcha que arde  
En solitario sepulcro,  
Ese instrumento que exhala

Sólo acentos gemebundos.  
No ha muerto porque palpita,  
Inarmónico y convulso,  
El corazón que la diera  
Dios para tormento suyo;  
Pero ha muerto para sí,  
Para los otros y el mundo;—  
Ha muerto para sus ansias,  
Para sus deleites puros,  
Para sus vanas quimeras  
Y sus desengaños crudos.  
Si vive aún, es su vida  
Bajel náufrago sin rumbo,  
Que vaga a merced del viento  
Por el piélago profundo.  
Si vive aún, es su vida  
Como la de esos arbustos,  
De hoja mustia y verdi-negra,  
Que no dan ni flor ni fruto,  
Porque su seca raíz  
No encuentra en la tierra jugo.  
Si vive aún, es su vida  
Sueño febril y confuso  
Con paroxismos de calma,  
Letargo de un moribundo;

Luz que agoniza y se aviva  
De aura fugaz al impulso.  
Su labio, donde sonrisa  
Fascinadora Dios puso,  
Y melodías tan tiernas,  
Hoy inexpresivo, mudo,  
Lívido está; y del silencio  
Parece el marmóreo busto.  
Si articula, son palabras  
Vagas sin sentido alguno  
Que nadie entiende, algún nombre  
Desconocido y oscuro;  
O si tal vez en su mente  
Pensamientos inoportunos  
Brotan, pasan y revuelven,  
Y allí luchan en tumulto,  
Como las olas del Plata  
Cuando se agita iracundo,  
Nadie lo sabe;— si ve  
En sus delirios nocturnos,  
Negras horribles visiones,  
Hondos abismos desnudos,  
Nadie lo sabe, porque ella  
Nunca lo dijo a ninguno.  
Nadie sabe las tormentas,

Los devaneos confusos,  
Las congojas y pasiones,  
Ni los martirios agudos  
Que aquella alma de mujer  
Desgarrarán uno a uno.

Pero los que la rodean  
Dan respeto a su infortunio;  
Porque en los pechos humanos  
La compasión es un culto;  
Y sólo ven que su rostro  
Está blanquecino y mustio  
Como el lirio que arrancaron  
Frívolas manos por gusto;  
Que desgredados ahora  
Flotan sus cabellos rubios  
Por su nevada mejilla,  
Espalda y hombros ebúrneos:  
Que ya no hay galas para ella,  
Vestidos, joyas de lujo,  
Tocador ni pasatiempos,  
Risas ni saraos del mundo.  
Y que aquel airoso cuerpo,  
Cabizbajo y taciturno,  
De albo ropaje vestido,  
Lleva alto e inseguro

Doquier el pie; y ora absorta  
Clava la vista en un punto,  
Y allí está como atraída  
Por algún prestigio oculto;  
Ora al cielo la levanta,  
Remueve el cuello desnudo,  
Y otra vez el lento paso  
Mueve sin designio alguno.  
Sólo notan en sus ojos,  
Antes tan bellos y puros,  
Como chispas que relumbran  
Mirar fijo y vagabundo:  
Y que de ellos brota a veces  
Como por violento impulso,  
Una gota transparente  
De lava del pecho suyo,—  
Lágrima que en su mejilla  
Deja al caer vivo surco.  
Sólo saben que su nombre  
Anda en la boca del vulgo,  
Y que lenguas femeniles,  
Dardos que hieren ocultos,  
Cuentan que el esposo airado  
La ha condenado a repudio.  
Sólo ven que la señala  
Como criminal al mundo.

¡Pobre Celia! ¡la deshonra  
A más de horrible infortunio!  
¡Pobre Celia! haber sufrido  
El destino que te cupo  
Con resignación virtuosa,  
Consagrado el amor tuyo  
Y tu juvenil belleza  
A un esposo, al hombre adusto,  
Que para tí no creara  
Sin duda Dios; y en tributo  
Hoy desdicha y deshonor  
Sobre tí descarga el mundo;  
Sin piedad aniquilando  
Tu porvenir en su orgullo.

Y sin embargo ese crimen  
No fué tal vez crimen suyo.  
Su alma pura e inocente  
Firme en su fe se mantuvo.  
Quizá allá su fantasía  
Ardientes deliquios tuvo;  
Tuvo sueños insensatos  
Y pensamientos impuros;  
Quizá allá su corazón,  
Virgen y tierno, no supo  
Amurallarse a la lengua

Del seductor importuno;  
Quizá amó; pero el secreto,  
Para mal e infierno suyo,  
En sus entrañas ardientes  
Lo enterró como en sepulcro.

Y ese crimen de conciencia,  
Que juez implacable y justo  
Lleva en sí mismo el culpable,  
Necio lo castiga el mundo.

## II.

Ramiro es infeliz; en sus entrañas  
Raíces ha echado la pasión vivaz.  
La pasión insensata que debía  
Rastro indeleble en su ánimo dejar:—  
Ella le roe y le consume el pecho,  
Atiza en él abrasador volcán,  
Le hace olvidar deberes sacrosantos,  
Absorbe su vivir y actividad.  
Si antes tranquilo y delicioso sueño  
Encontraba y placer en el hogar,  
Hoy su lecho es un potro de tormento,  
Su albergue un calabozo sepulcral.  
Si antes la risa de su amable labio

Era para las bellas talismán,  
Y en tertulias, festines y paseos  
Sabía voluntades conquistar,  
Hoy solitario, taciturno y triste  
Asombro inspira, o compasión no más.  
Si ayer noble ambición, sueños de gloria  
Alimentó su pensamiento audaz,  
Hoy la ciencia y los libros menosprecia  
Que refrigerio a su pasión no dan.  
Si oyendo las aéreas armonías,  
Cuando la luna derramando va  
Su luz benigna en la dormida tierra,  
Idealizaba el bien y la verdad;  
Hoy la vasta creación para él no tiene  
Sino ecos de presagio funeral,  
Que el mundo suyo es la mujer que adora  
Y de ese Edén no gozará jamás.  
Pero ansioso la busca y no la encuentra,  
Desde aquel día a entrambos tan fatal;  
Pregunta en vano y nadie satisface  
Su devorante amor y su ansiedad.  
Doquier en tanto ante los ojos suyos  
Hermosa, viva, encantadora está,  
Doquier a Celia ve, y sobre su pecho  
La hoja brillar de matador puñal:—

Hierve entonces su sangre, y la venganza  
Se levanta en su pecho colosal,  
“Muerte, grita, primero al asesino,  
Yo soy de Celia el ángel tutelar.  
Era su esposo, sí, y deleite torpe  
Beber pudo en su labio virginal;  
Pero por él no palpitó su pecho,  
Ni su alma pura poseyó jamás.—  
Ella es mía, lo sé. ¿Quién a mi anhelo,  
Quién oponerse a mi pasión podrá?  
Yo la quiero, ella me ama, muera el necio  
Que nuestro amor pretenda separar.”

Y contra un imposible va a estrellarse  
Este impulso de su alma criminal,  
Como se estrellan en erguida roca  
Gigantes olas de bravío mar.  
Y frenético va, viene, se agita,  
Corre las calles de la gran ciudad,  
Monta a caballo, e impresiones nuevas  
Frenético doquier buscando va.

Pero en vano procura el insensato  
La fiebre de su espíritu calmar,  
Envolverlo en el vértigo y fatiga  
Del movimiento activo corporal,

Si doquier, a toda hora, cada día  
Hierva en sus venas la pasión voraz,  
Y su querer gigante va a estrellarse  
Como en la roca el tempestuoso mar.

Y así de pasiones lleno  
De deseos temerarios,  
Para aturdirse un momento,  
Monta una tarde a caballo.  
Era una tarde de aquellas  
Deliciosas de verano,  
Cuando el viento de la Pampa  
Templa del calor los rayos;  
Y a las orillas del Plata  
Trae las aromas del campo;—  
Cuando el aire es tan vital  
Tan transparente y liviano  
Que expansión indefinida  
Parece quiere elevarnos,  
Y deseos infinitos  
Brotan en la mente y vagos:—  
Cuando la vida rebosa,  
Hierva en todo lo animado,  
Y fermentan las pasiones  
En el corazón lozano.  
Y en esa tarde Ramiro,

En un tordillo bizarro,  
Por la calle de Barracas (1)  
Cruzaba a galope largo,  
Envuelto en nube de polvo  
Que levantaban los cascos  
Del animal que fogoso,  
Impaciente como el amo,  
Anchas narices abría  
Para sorberse el espacio.  
Grupos varios de jinetes,  
Damas a pie o cabalgando,  
Arboledas, caseríos,  
Todo atrás iba dejando  
Ramiro, sin que un momento  
Nada pudiera distraerlo;  
Porque en su mente hormiguea  
Informe, pero animado,  
Un mundo.—Lleva el sombrero  
Sobre la vista inclinado,  
Porque lastima la luz  
Su ardiente pupila acaso,  
O porque ella de la noche

---

(1) Barracas.—Nombre de una vasta calle de paseo poblada de hermosas quintas, que conduce al riachuelo del mismo nombre, en cuya orilla hay desde tiempo inmemorial grandes almacenes para depósito de cueros, llamados en el país Barracas.

De su espíritu es sarcasmo;  
Pistoleras al arzón,  
Frac azul, pantalón blanco  
Lleva, y espuelas que dán  
Gigante brío al caballo.  
Pronto el puente de Barracas  
Atravesó galopando;  
Prendió al bruto las espuelas  
Y tomó por suyo el campo.  
Nada detiene la furia  
De su correr, ni pantanos  
Ni barrancas, ni bajíos;  
Nada a su ardor pone espanto,  
Que ciego va y al destino  
Desafía temerario  
Quien para luchar con él  
Tiene voluntad de mármol.  
Y así que sintió en los bríos  
Del noble bruto desmayo,  
Llegó a una quinta cercana,  
Sin designio meditado,  
Cuando el sol plácidamente  
Se escondía en el ocaso.

Ató al palenque (1) la brida  
Del animal trasijado,  
Y subió por escalones  
Hasta el caserío vasto.  
De alto cuerpo y bella vista,  
Sobre un terraplén fundado,  
Donde a la sazón no había,  
Al parecer, sino criados.  
Al pisar allí, un recuerdo  
Atravesó como dardo  
Por su mente; aquella quinta  
Era, aquel sitio encantado  
Donde por primera vez  
Vió de Celia los encantos,  
Donde la dicha perdió  
De sus juveniles años.  
Bajó el terraplén de nuevo,  
Y hacia un bosque de duraznos,  
No muy distante de allí,  
Se encaminó a lento paso;  
Luego entró a una angosta calle  
De álamos copudos y altos,

---

(1) Palenque.—Pequeña estacada de gruesos maderos trabados horizontalmente, en la cual se ata la soga o la brida del caballo. Los hay generalmente a la entrada de toda casa de campo.

En cuyo extremo flameaban  
Del sol los últimos rayos.  
De hojas secas y de flores  
El suelo estaba regado,  
Y mezclando su fragancia  
Las mosquetas y los nardos,  
Y las rosas se mecían  
En sus ramas y sus tallos.  
Pensativo se detiene,  
O camina a lento paso,  
Que el aroma de las flores  
Le tiene como embriagado.  
Aquí o allí después nota  
En el tronco de los álamos  
Cifras de amor que amadores,  
Felices tal vez grabaron,  
Y algunas borradas ya  
Por haber crecido el árbol.  
"Frágiles memorias son  
Que al pasar necios dejamos,  
Creyendo vivirán más  
Que nuestros amores vanos."  
Dijo para sí y camina  
Pensativo y agitado  
Hasta llegar al extremo  
De la calle, por do manso

El Riachuelo (1) se desliza  
Del gran Plata tributario,  
Sombreadan su fresca orilla  
Viejos sauces agobiados,  
Jóvenes retoños suyos,  
Acacias, higueras y álamos...

. . . . .

. . . . .

Allí en la grama se sienta,  
Y sobre el codo apoyado  
Vé delante que, al pasar  
Las aguas remolineando  
Pliegues y círculos forman  
En la honda olla de un remanso:  
Y que hojas, ramas y peces,  
Cadavéricos y blancos,  
Envuelve allí el remolino,  
Se hunden y salen flotando,  
Para volverse a perder  
En el remolino manso,—  
—“Así son mis esperanzas,  
Mis deseos insensatos,

---

(1) Riachuelo.—En español es nombre genérico de todo pequeño río; en Buenos Aires apelativo de la única corriente que por las cercanías de esta ciudad desagua en el Plata. También le llaman riachuelo o río de Barracas.

Y las pasiones que bullen  
En mi pecho temerario—  
Hervidero de agua viva  
Que hondo abismo va tragando...”  
Pensó Ramiro. Del sol,  
En el horizonte claro,  
Brillaba aún transparente  
La diadema de topacios,  
Y el crepúsculo en la tierra  
Iba lento derramando  
Aquella luz misteriosa,  
Aquellos tintes opacos  
Que a los objetos imprimen  
Contorno indeciso y vago.  
Las auras quietas dormían  
En sus aéreos palacios,  
Todo era calma y silencio,  
Todo misterio aquel cuadro;  
Todo armonía y reposo  
En aquel sitio encantado,  
Do sólo a veces se oía  
Del agua el murmullo blando,  
De la tórtola el arullo  
O el gemido solitario...

## III.

Ramiro entonces sintió  
Bajar refrigerio a su alma,  
Participó de la calma  
Que reinaba en derredor;  
Y por la primera vez  
Miró serena su mente  
Su desventura presente,  
Lo insensato de su amor.

“Manso río! quién dichoso  
De tu fortuna gozara!  
¡Del animado reposo,  
De tu amena soledad!  
¡Quién viera correr su vida  
Como la tuya serena,  
Por una margen florida,  
Libre de la tempestad!”

“Yo también feliz vivía  
Cuando Dios quiso, y creaba  
Mi risueña fantasía  
Sueños de felicidad:  
Yo también gozaba ayer

De esa tu calma que envidio,  
Porque hoy con la furia lidio  
De gigante tempestad.”

“Sin duda Dios, en malhora,  
Me dió indómitas pasiones,  
O de locas ambiciones  
Germen fatal puso en mí;  
Porque hoy abriga un infierno  
Mi cabeza, donde lucha  
Lo mundanal y lo eterno  
Con ardiente frenesí.”

“¿Por qué la ví? ¿Por qué al verla  
Nació en mí un incendio al punto?  
¿Por qué ví en ella un conjunto  
De perfección ideal?  
¿Por qué funesto destino  
La puso ante mí tan bella,  
Para que incauto por ella  
Sintiese amor criminal?”

“Criminal sí, lo confieso,  
Lo conozco, pero tarde;  
Por que ¿quién la lava que arde  
Puede apagar del volcán?

¿Quién desarraigar del pecho  
Esta pasión que me absorbe,  
Y de ella solo en el orbe  
Hace centro de mi afán?"

"Harto pago mi delito,  
Si fué delito el quererla,  
Si ciego ignoraba al verla  
Fuese de otro la mujer;  
Harto lo pago si doy  
El reposo de mi vida  
A una esperanza mentida  
A un amor que no ha de ser."

"¡Oh naturaleza bella!  
Yo comprenderte sabía  
Cuando entre tu alma y la mía  
Vivo concierto existió;  
Pero hoy instrumento mudo  
Eres para mí, y no puedo,  
Cuando de mí mismo dudo,  
Concebir tu vida yo!"

"Centro creador de armonía,  
En el gran todo, y señor  
El hombre me parecía

De este sublime jardín;  
Pero hoy enigma sin nombre  
Me parece el universo,  
Donde en tinieblas el hombre  
Marcha ignorando su fin."

"Así yo incierto divago,  
Sin una luz que me guíe,  
En pos de algo que sonrío  
A mi ardiente corazón;  
Y cuando sondo en mí mismo  
Horrorizado y diluso,  
Sólo descubro un abismo  
De muerte y tribulación."

Estos y otros pensamientos,  
Como recuerdos amargos,  
Por la mente de Ramiro  
Rápidamente pasaron...  
Era la noche; adiós, dijo,  
Adiós al riachuelo manso,  
Y se fué hasta el caserío  
Pensativo y cabizbajo.

## IV.

Serena estaba la noche,  
El firmamento estrellado,  
Y aromas puros traía  
Fresca la brisa del campo.  
Ramiro en el corredor  
Del caserío, sentado  
En un gran sillón vetusto  
De gusto anterior a Mayo; (1)  
Puesta la mano en su frente,  
Su codo firme en el brazo,  
Cavilaba, revolvía  
En su espíritu agitado  
Quizá planes de venganza,  
Pensamientos temerarios.  
Doquier su pasión hallaba  
Invencible algún obstáculo,  
Y crecía como crece  
Torrente que no halla paso,

---

(1) De gusto anterior a Mayo.

En Mayo de 1810 se inauguró en el Plata la revolución de la Independencia. Antes de esa época muebles, trajes, modas, todo era de gusto severamente español; después de ella, el comercio libre trajo al país objetos labrados al gusto de otros pueblos europeos, y el gusto del país en materia de cosas de ornato y comodidad se fué modificando y mejorando sucesivamente.

Y rebosa y se desploma  
Todo en su furia arrasando.  
Y veía desde allí,  
Alzando la vista a ratos,  
Brillar luces vagabundas  
O eclipsarse en el espacio;  
Y oía el ronco chillido  
De los grillos y los sapos,  
El graznido repentino  
De los vigilantes gansos,  
El balar de alguna oveja  
O el relincho de un caballo,  
Cuyos disonantes ecos  
Confundidos y mezclados,  
Una música formaban  
Capaz de poner espanto  
Al hombre menos dispuesto  
A sueños de visionario.  
Y en esto que allí Ramiro  
Proseguía cavilando,  
Una criada de la casa  
De pelo y rostro africano,  
Que cariño le tenía,  
Vino y le dijo despacio:

“Mi amito ¿qué, no se acuesta?”

—No, todavía es temprano.—

“Temprano, y las once ya  
En el Cabildo sonaron!” (1)

—¿Se han oído?—

“Sí, señor,  
El Norte está ahora soplando.”

—Sí serán, pero yo estoy  
Esta noche desvelado.—

“Mi amito, ¿ha visto la luz? (2)  
—¿Qué luz?—

“La que anda vagando  
Allí en el potrero viejo (3)

- 
- (1)                    ¡Temprano, y las once ya  
                         En el cabildo sonaron!

En la torre del edificio donde en otro tiempo se congregaba la municipalidad o cabildo de Buenos Aires está el reloj de la ciudad, cuya campana cuando sopla el viento del Norte se oye a más de legua hacia el Sud. El viento Norte en el río de la Plata produce congestiones cerebrales y predispone el ánimo a los ensueños y fantásticas visiones.

- (2)                    Mi amito, ¿ha visto la luz?

Amito.—Expresión de cariño y respeto con que denominaban los criados de color a los hijos de sus amos y en general a toda persona joven que no es de su clase.

Luz.—Nombre que dan en el Plata a las exhalaciones fosfóricas o fuegos fátuos. La gente vulgar y preocupada se imaginan que son ánimas en pena de personas asesinadas o muertas sin confesión.

- (3)                    Allí en el potrero viejo

Potrero.—Extensión de campo zanjeada para encierro y pastoreo de caballos; cuando se destina a siembras o

En las noches de verano.”

—¿Qué luz es esa?—

“Es el alma

De un hombre que allí mataron.”

—Vete, tonta, esos son cuentos

Que forjó algún visionario.—

“No, mi amito, es realidad.

El marido era hombre malo

Y allí dió de puñaladas,

Un día que andaba arando,

Por celos de la mujer,

Al peón quintero del amo; (1)

Y desde entonces allí anda

La ánima suya penando;

A las once se aparece,

Y ya las once sonaron;

Por eso a esta hora ninguno

Se atreve a andar por los álamos, (2)

Ni a mirar;—yo voy ahora

A rezarle mi rosario.”

---

se abandona se llama potrero viejo. Son lugares adonde naturalmente abundan luces o fuegos fatuos.

(1) Al peón quintero del amo

Peón quintero.—Jornalero que trabaja en la labranza de la quinta. Amo.—El dueño y señor de casa y servidumbre.

(2) Por eso a esta hora ninguno

Se atreve a andar por los álamos

La calle de álamos por donde Ramiro se paseó esa

Dijo y se fué, y en la silla  
Quedó Ramiro abismado;  
Que aquellas palabras eran  
De su conciencia presagio,  
Recuerdo horrible para él  
De cosas que le pasaron.  
Y en el cuento de la tía (1)  
Siguió Ramiro cismando,  
Y continuaba el chílido  
De los grillos y los sapos,  
Y las (2) linternas brillantes  
En la oscuridad vagando.  
La luz, ardiendo en la sala,  
Vertía trémulos rayos  
En el corredor oscuro,  
Triste, silencioso y largo,  
Donde Ramiro tan sólo  
Cavilaba desvelado.  
Entró a ella, y una vihuela

---

tarde pasaba contigua al potrero viejo, lugar donde aparecía la luz: por cuyo motivo ningún morador de la quinta se atrevía de noche a cruzarla ni mirar hacia ese rumbo.

(1) Y en el cuento de la tía  
Tía.—Lo mismo que negra vieja.

(2) Y las linternas brillantes  
Linternas.—Insectos fosfóricos de luz intermitente y alígeros que abundan en las noches serenas de verano, Son las luciérnagas de España.

Tomó allí de sobre el piano,  
Volvió a su asiento y después  
De preludiar un buen rato,  
Cantó aquella melodía,  
Tierna y de eficaz halago,  
Que llorar hace a las bellas,  
Y en el alma deja rastro:  
—El desamor, o el gemido  
De un corazón solitario—  
Y se quedó pensativo,  
Con la guitarra en la mano.

Oyó entonces un ruido  
Aproximarse liviano;  
Miró y vió ¡horrible visión!  
Al resplandor de los rayos  
Que salían de la sala,  
Acercarse un bulto blanco  
De esbelto y airoso talle;  
El cabello desgredado  
Y en trenzas por las mejillas  
Y por los hombros ondeando.

Y Ramiro en el sillón  
Se quedó petrificado.

Y el bulto llegó pasito,  
Y se paró allí a mirarlo  
Cara a cara, sonriendo;  
Y en su bello rostro blanco  
Sus ojos fascinadores  
Brillaban como dos lampos,  
Que en los de Ramiro fijos  
Poder ejercían mágico.

Y Ramiro en el sillón  
Lo vía petrificado.

Y aquel bulto de mujer  
Alzó su nevada mano;  
Un dedo lleno de anillos  
Puso en su marchito labio,  
Y le dijo: “¡Calla! ¡Calla!  
¡Mira! Me han traído al campo,  
Porque en él crecen las flores  
Y las flores se han secado.”

Y Ramiro en el sillón  
La oía petrificado.

—“Oye, la lechuza chilla,  
Su grito es de mal presagio...”

Dicen que ayer los amigos  
Al cementerio llevaron  
Su cadáver; pero su alma  
Anda por aquí penando;  
Porque hermana es de la mía:  
Su voz me llama y su canto.—”

Y Ramiro en el sillón  
Lo oía petrificado.

—“Rézale alguna oración;  
Los muertos no son ingratos;  
Los muertos tienen memoria,  
Los vivos olvido y llanto.

Yo me voy a recoger  
Flores para él por el campo.”

Y aquel bulto de mujer  
Todo vestido de blanco  
Se perdió en la lóbreguez  
Del corredor solitario.

Y Ramiro en el sillón  
Quedó inmoble y desmayado.

## V.

Si lo que vió Ramiro aquella noche  
Fué febril y fantástica visión,  
Si fué la vana sombra o la apariencia,  
De la bella mujer que idolatró;  
Si vió su rostro vivo y su mirada  
Y oyó de Celia la hechicera voz,  
Sin duda lo sabrán los corazones  
Que penetran misterios del amor.  
Pero jamás de la memoria suya  
El recuerdo terrible se borró  
De aquella noche borrascosa y triste  
De aquella vaga y funeral visión.

---

## TERCERA PARTE

### I.

La vida del esposo es un misterio  
Desde que a Celia sorprendió y Ramiro;  
Nadie en las calles divisó su rostro,  
Ni tampoco le vieron sus amigos.

Su casa antes alegre y concurrida,  
De la abundancia y de la paz asilo,  
Que hacían más risueño y agradable  
De una bella mujer los atractivos,

Hoy solitaria está, siervos y criados,  
De triste ceño y ademán esquivo  
La habitan solo, y su exterior refleja  
La tristeza que reina en su recinto.

Si alguno por sus amos les pregunta  
Sólo responden:—"para el campo han  
[ido,"

A importunas preguntas dan silencio,  
Su labio no revela lo que han visto.

Se eclipsó el sol de la morada aquella,  
De ella por siempre se apartó el hechizo;  
Cayó el Dios tutelar que la escudaba  
Como un ángel rebelde en el abismo.

Que la sonrisa de mujer hermosa,  
De su voz tierna el singular prestigio,  
Cuando el amor en él une las almas  
Convierten el hogar en paraíso.

Pero en aquel hogar si hubo contento  
No bajó al corazón enardecido  
De la infeliz mujer que en torno suyo  
Lo derramaba sin cesar benigno.

Todos allí gozaban; el esposo,  
Los esclavos, los deudos, los amigos  
Su simpático amor: todos la influencia  
De su amable virtud y su cariño.

Sólo ella era la víctima inocente  
Condenada a perpetuo sacrificio;  
Sólo ella era infeliz porque no amaba  
Al hombre a quien la uniera su destino.

Por eso pronto huyó de aquel albergue  
A par de ella el contento fugitivo,  
Y se alejó el esposo que en infierno  
Lo encontró de repente convertido.

Aquel techo lo abrumba, no respira  
Sino ambiente letal en su recinto;  
Parecelé que gigantescas voces  
“Huye, le gritan, de este hogar maldito.”

Y que escucha estruendosa carcajada  
En las salas sonar del edificio,  
Como si burla a su impotente rabia  
Hiciese a su dolor genio maligno.

Allí ve el nupcial lecho, viudo ahora,  
Donde apuró deleite indefinido,  
El sofá do con ella reposaba,  
El tocador, sus joyas y vestidos.

Allí ve su retrato; doquier rastros  
De la mujer que amó y ama ofendido;  
El jardín donde juntos se recreaban,  
Las flores que atraían su cariño.

Por eso huye de allí, que esos objetos  
Hieren su corazón en lo más vivo,

Su vergüenza le pintan e infortunio,  
Le recuerdan la dicha que ha perdido.

Y a veces le parecía  
Que del hogar doloridos  
Se levantaban mil ecos  
Agrios a reconvenirlo,  
Y le decían “¿qué has hecho,  
Insensato, en tu delirio,  
De la mujer que, fué siempre  
Angel de tu hogar benigno?  
¿Por qué nos privaste de ella,  
De su sonrisa y cariño,  
Corazón de duro bronce,  
Hombre del cielo maldito?”  
Entonces a pesar suyo  
Siente el pecho enternecido,  
Y una lágrima de fuego  
Brotar, y un hondo suspiro;  
Porque pasión desbocada  
Lo arrastró a ese precipicio,  
Donde caerán despeñados  
Celia también y Ramiro:  
Que en una misma balanza  
Pesó el cielo sus destinos.  
Pero en las calles el rostro

Del esposo nadie ha visto,  
Porque él en cada mirada  
Creería hallar un testigo,  
Un juez en cada conciencia,  
En cada lengua un indicio;  
Que le increpasen tremendos  
Su deshonra o su delito.  
Ni quiere dar que reir  
A los corazones frívolos,  
O que el sarcasmo lo aceche  
Para lanzarle sus tiros,  
O que al pasar por la calle  
Levantándose maligno,  
Algún dedo lo señale  
Diciendo:—"allí va el marido."—

Por eso se oculta y marcha,  
Bajo el velo del sigilo,  
Revolviendo en su cabeza  
Mundo de ideas sombrío,  
En tanto en el corazón  
Lleva su dolor esquivo,  
Y su impotente venganza,  
Y su furor escondido;  
Y no encontrará solaz,  
Sueño en su almohada tranquilo,

Hasta que haciendo explosión  
Muerte fulmine o castigo.

Que la pasión vivaz irrealizada,  
Aunque vea delante horrible abismo  
Vela febril, infatigable marcha  
Gigantesca y tenaz a su designio.

## II.

Hay horas de silencio y de recogimiento  
En que dormida el alma cansada de afanar,  
En que la ardiente lucha del corazón se  
[calma,  
Y repliega sus alas el pensamiento audaz.  
En que ébrios los sentidos, la carne ador-  
[mecida,  
De nuestro yo conciencia, ni del mundo  
[exterior  
Tenemos, ni las formas ni los colores ve-  
[mos,  
Ni los ayes oímos, ni el terrenal clamor.  
Despiertos no sentimos, entonces, ni pen-  
[samos,  
Tan sólo vegetamos, vivimos sin vivir;

No hay ansias, ni deleites, ni locas ambi-  
[ciones,  
De las pasiones cesa la agitación febril.

Entonces no sufrimos, ni tampoco goza-  
[mos,  
Porque latente yace la actividad del ser,  
Porque si vuela el tiempo para nosotros  
[raudo,  
El peso de sus alas no abruma nuestra  
[sien.

Dichosos, si durasen las horas de ese sueño  
Como duran y vuelven las del sueño co-  
[mún;  
Pero ¡ah! que ellas no tienen para curar el  
[alma,  
Ni darle refrigerio balsámica virtud.

Es el vértigo fatal  
Que del ánimo se ampara  
Cuando el corazón convulso  
La sangre a torrentes lanza,  
La embriaguez del sentimiento,  
O aquella aparente calma  
Que sigue a las convulsiones,

De la pasión desbocada.  
Y en este estado Ramiro  
Se mantuvo en su morada,  
Horas felices para él,  
Si una eternidad duraran.  
Cayó rendido al embate  
De impresiones tan extrañas,  
De tan violentos afectos,  
Su voluntad temeraria;  
Pero despertando al fin  
Más robusta se levanta  
Para oponer al destino  
Su gigantesca pujanza.  
Entonces en su memoria  
Tomaron forma animada  
Las escenas de la quinta,  
Cuanto allí vió y escuchara.

“Ella era, ella era, se dijo,  
Y no su apariencia vana  
La que ví; de ella sin duda  
Las misteriosas palabras.  
Y la infeliz me cree muerto  
A manos de la venganza  
Del esposo, piensa en mí,

Me busca, me llora y me ama.—  
Y por mi amor ha perdido  
La razón, y voces vagas  
Aquella boca divina  
Sólo inarmónica exhala.  
¡Dios mío! ¡Dios mío! otorga  
El temple del bronce a mi alma,  
Ilumina mi razón,  
Porque la pasión me arastra.  
¡Ella infeliz por mi amor,  
Y en el campo abandonada!  
¡Su nombre en lengua del vulgo  
Que al infortunio difama!  
¡Oh! mi cabeza se pierde  
De este mar en la borrasca:—  
¡Muerte al esposo asesino!  
Víctima inocente, aguarda.”

Y con estos pensamientos  
Una noche de su casa  
Salió Ramiro a deshora,  
Envuelto en su oscura capa.  
Tenebrosa era la noche  
Como la noche de su alma,  
Y alguna estrella divisa

Entre las nubes que pasan.  
Iba ciego; una, otra calle  
De la gran ciudad cruzaba,  
Revolviendo en su cabeza,  
Ora memorias amargas,  
Presentimientos de muerte,  
O colosales fantasmas:  
Iba donde misterioso  
Su destino lo llevaba;  
A realizar el ensueño  
Que persiguiera con ansia,  
A descifrar el enigma  
De sus locas esperanzas;  
O a buscar la luz divina  
De la estrella solitaria  
Que entre las nubes sombrías  
Se ocultó de la borrasca.  
Tenebrosa era la noche  
Como la noche de su alma,  
Y con rapidez Ramiro  
Cruzaba las calles largas;  
Y al pasar, en la saliente  
Reja de antigua ventana,  
Tropezó, y lo distrajeron  
Los sones de una guitarra.

Paró el oído:—una voz  
Sonó dentro mustia y vaga  
Que lo más hondo y sensible  
Conmovió de sus entrañas.  
Era una voz de mujer,  
De esas que salen del alma,  
Y misterio o infortunio  
Al que las oyen presagian:  
Y reclinado en la reja  
Oyó que la voz cantaba.

Ayer había  
Flores muy bellas  
Mas todas ellas  
Mústias están;  
Buscar es vano  
Frescas ahora,  
Porque en mi mano  
Se secarán.  
La brisa pura  
Del campo es grata,  
Y la natura  
Bella es allí;  
Mas se acabaron  
Brisas y olores

De lindas flores,  
¡Pobre de mí!

Y al pronunciar la voz mística  
Estas últimas palabras,  
Un hombre alto, que emponchado  
Cerca de Ramiro estaba,  
Clavando en él rato hacía  
Ojos que relampagueaban,  
Se acercó y le dijo adusto:  
"—¿Qué haces aquí?—"

Una mirada  
De sarcástico desprecio  
Ramiro arrojó a su cara,  
Diciendo: "quien atrevido  
Hace pregunta insensata  
Merece que le responda  
Tan sólo una bofetada."

"—Defiéndete, seductor,  
Que te busca mi venganza—"  
Replicó el hombre, sus ojos  
Despidieron viva llama;  
Y sobre Ramiro al punto  
Descargó una puñalada.  
Este ya herido, hacia atrás

Dió un salto, y lleno de rabia,  
Para defenderse echó  
Al brazo izquierdo su capa,  
Y tiró un puñal que siempre  
A la cintura llevaba,  
Exclamando:—"yo también,  
Asesino, te buscaba."

Y ambos instintivamente  
A media calle se lanzan,  
Y en la oscuridad se buscan  
Con fosfóricas miradas.  
Ramiro ágil como joven,  
La hoja que brilla acerada,  
De su enemigo desvía,  
O envuelve diestro en la capa;  
Y recula y se defiende,  
Que de su sangre villana  
Echar en su nombre puro  
No quiere imborrable mancha;  
Pero él lo acosa y lo estrecha,  
Con infatigable saña,  
Y su afán viendo burlado  
Más se irrita y se agiganta  
Su furor, y el brazo alzando

Sobre Ramiro se lanza,  
A tiempo que éste en un poste (1)  
De la vereda se traba;  
Y el acero vengativo  
El hombro izquierdo le alcanza.  
Herido otra vez Ramiro,  
Como la 'serpiente hollada,  
Antes que el otro se mueva,  
Con rapidez instantánea,  
Va sobre él, y el puñal todo,  
En la tetilla le clava...  
Da un ¡ay! recula, vacila;  
Y se desploma de espaldas  
El hombre aquel, exclamando,  
Con voz ronca y destemplada:

“—Venciste, vil seductor,  
Muestra a tu Celia adorada  
Ese puñal donde escrita  
Está mi muerte y su infamia;  
Pero recuerda que fuiste  
Tú el autor de su desgracia,  
Y que hasta el infierno mismo  
Te seguirá mi venganza.—”

---

(1) Postes.—Maderos clavados verticalmente en el veril de las veredas de las calles de Buenos Aires.

## III.

Y Ramiro al huir horrorizado  
Sintió del moribundo las palabras  
Resonar como trueno en sus oídos,  
Y hacer eco una horrible carcajada,  
Y allí entre las tinieblas parecióle  
Divisar una forma sobrehumana,  
Un ángel o demonio vengativo  
Con voz tremenda repetir: —“Venganza”  
Y ciego y aterrado entró corriendo  
Por la puerta fatal de aquella casa,  
En cuya reja, seductor oyera  
El sonido fugaz de una guitarra;  
Y en medio de un salón se encontró luego  
Que una luz vacilante iluminaba;  
Y vió salir del lóbrego aposento  
Una mujer con vestidura blanca,  
Suelto el rubio cabello y extendido  
Por el pecho de nieve y las espaldas,  
De mirar vago, y macilento rostro,  
Porte de noble reina destronada:  
Ramiro quiso huir, pero no pudo;  
Una fuerza invencible sus pies traba,

Un mágico poder lo paraliza,  
Y 'sus potencias todas avasalla;  
Su corazón no late, no respira,  
Inmóvil está como marmórea estatua.  
Y de aquella mujer la ardiente vista  
Sobre la suya atónita se clava,  
Y al mirarlo sonríe cariñosa;—  
Se acerca más y más, la mano pasa  
Por su frente y sus ojos; cual si entonces  
De letárgico sueño despertara;—  
Parece conocerle; en su faz bella  
De íntimo gozo la expresión resalta,  
Cual si la vida suya al extinguirse  
Sus espíritus todos concentrara;—  
Va a abrazarle, y al punto retrocede  
Atónita, convulsa, horrorizada;—  
Su inefable sonrisa se disipa,  
Brota en sus bellos ojos una lágrima,  
Palidez cadavérica en su rostro,  
Agonizante brillo en su mirada;—  
Y se desploma al suelo, así exclamando:  
“¡Sangre, Ramiro, criminal te mancha!”  
Y al mismo tiempo que cayó se oyeron  
Las cuerdas reventar de una guitarra,  
Y al eco disonante y moribundo

Respondió una estruendosa carcajada.  
Lo que sintió Ramiro aquella noche,  
Lo que pasó por su alma atribulada  
Sólo Dios lo sabrá; que a bosquejarlo  
De labio humano la expresión no alcanza.

---

## CUARTA PARTE

### I.

En la gran capital del Argentino,  
Donde arrulló su vida la fortuna  
Lisonjera y feliz desde la cuna,  
Nadie a Ramiro en adelante vió;  
Nadie supo si en climas extranjeros,  
Lejos del bello y afamado Plata,  
La estrella suya le sonriera grata,  
Ni adonde el infortunio lo llevó.

Mucho se habló del crimen, la malicia  
Tal vez por bajo pronunció su nombre,  
Pero quedó la muerte de aquel hombre  
Envuelta en misteriosa oscuridad:  
Unos a error o vengativa saña,  
Otros a la maldad lo atribuyeron,  
Y comentarios nil sobre él se hicieron,  
Mas nadie descubrió la realidad.

Si el fin de Celia lamentable y triste  
Alguna luz a la justicia diera;  
O si el rastro de sangre descubriera,  
La mano criminal no alcanzó a ver;  
O si la vió, tal vez herir no pudo,  
O pensó cuerdamente que el castigo  
No es para el que luchando al enemigo  
Alevoso y tenaz supo vencer.

Mucho se habló del crimen pero pronto  
Se perdió su memoria; y el olvido,  
De la esposa infeliz y del marido,  
Los restos confundió en un ataúd;  
Tal vez alguno pronunció sus nombres,  
Y una lágrima pura y elocuente  
Dió ofrenda religiosa solamente  
De Celia desdichada a la virtud.

Ramiro, en tanto, en extranjera nave  
Las crespas ondas de la mar surcaba,  
Y al destino fatal abandonaba  
Resignado su vida y porvenir.  
¿Qué le importan las ansias de la tierra,  
La embriaguez de su gozo y sus pasiones?  
¿Qué le importan sus locas ambiciones,  
Los combates y lauros del vivir?

¿Qué le importa el vivir, si ya la vida  
De encantos juveniles vé desnuda,  
Si ya en su mente germinó la duda  
Y se secó la flor de la ilusión,  
Si ya a los diez y ocho años ha sentido  
Lo más acerbo del dolor mundano,  
Si en sus raptos sublimes tocó ufano  
El límite ideal de la pasión?

¡Si el demonio fatal del desengaño  
El mundo cadavérico le muestra,  
Y en premio al lidiador en la palestra  
Sólo ofrece dolor y un ataúd!

¡Sien cada flor encontrará una espina,  
En cada senda un hondo precipicio,  
Si la vida es perpetuo sacrificio  
Y un ensueño febril la juventud!

¡Si rayo de infortunio inesperado,  
Aniquilando el gérmen de su dicha  
A su atónita mente ha revelado  
Abismo de pasmosa realidad?  
Si su joven, ilusa fantasía  
De brillante, ideal, místico mundo  
Deslumbrado cayó en el cieno inmundo  
Donde todo es miseria y vanidad!

Allí sus esperanzas se estrellaron,  
Sus bellas ilusiones se perdieron,  
Y exhalando un gemido, en él se hundieron  
Los partos de su hermosa juventud;  
De esa feliz edad en que posible  
Todo creemos, cuando el alma incauta  
Se lanza en su expansión indefinible  
A regiones de gloria y beatitud.

Y el desengaño ahora con su soplo  
Hiela el foco vital de su entusiasmo  
Y hace burla con hórrido sarcasmo  
De su imprudente y necia candidez;  
Le echa en rostro su loco desvarío,  
Los quiméricos raptos de su anhelo,  
Y en su pecho de joven vierte el hielo  
De la impotente y mísera vejez.

Su corazón ardiente está cerrado  
A las dulces y tiernas emociones;  
Ya no exhala sonoras vibraciones,  
Ya no siente, o es mudo su sentir;  
Indiferente al goce y la alegría  
Parece por su rostro, donde asoma  
Del triste desengaño la ironía,  
Al través de apacible sonreír.

Su corazón herido es un sepulcro  
Donde yace por siempre sepultado  
El recuerdo vivaz de lo pasado,  
De su funesta, indómita pasión;  
Si alguna vez sobre su joven frente  
Nubes esparce o palidez sombría,  
Vuelve, gusano de insaciable diente,  
A devorarlo con igual tesón.

## II.

Del mar sublime, entre tanto,  
La agitación o la calma  
Al penoso afán de su alma  
Suelen alivio traer;  
Y su gigantesca voz  
Pasiones altas y vivas  
Que dormían inactivas  
Iba en su seno a mover.

El, que la amó desde niño,  
Viendo en toda su grandeza  
Allí a la naturaleza  
Grande también se sintió.  
Y se dijo, meditando,  
“¿Dónde voy? ¿por qué camino?”

¿Cuál es del hombre el destino?  
¿Qué haré de la vida yo?"

"¡La vida! sin duda, Dios  
Con algún fin me la diera,  
Pues a cuanto creó impusiera  
Un destino y una ley;  
Y grande y digno ser debe  
Que concreta la natura  
El de la noble creatura  
En su cabeza de rey."

"Pues que vivir es preciso,  
Burlando al dolor ¡vivamos!  
A nueva esperanza abramos  
El corazón juvenil;  
Tal vez hallemos la fuente  
Del refrigerio y de calma  
Donde amortigüe la mente  
Su ambición loca y febril."

"¡Vivamos! que es cobardía  
Sólo de ánimo mezquino  
Doblar la frente al destino,  
Y resignado gemir;

Luchemos, si hemos nacido  
Para luchar en la tierra,  
Si es perpetua y dura guerra  
La condición del vivir.”

“¡Animo, pues, adelante!  
¡Corazón mío, marchemos!  
Tal vez rayos columbremos  
De bien y felicidad:  
Que vencedor o vencido,  
En la terrenal palestra  
Es do el hombre ejerce y muestra  
Su grandeza y dignidad.”

### III.

Ramiro los dolores de la vida,  
Los arcanos profundos no ha sondado  
En toda su extensión; bella y florida,  
Vista al través del prisma iluminado,

De la edad juvenil, le pareciera,  
Cuando en amor y fe su pecho ardiente  
Rebosaba dichoso y altanera  
Todo allanaba su ambiciosa mente.

Cuando explayando su voraz deseo  
Por el vasto jardín de la natura  
Cada objeto anhelado era un trofeo,  
Un manantial perenne de ventura.

Peró arrancando el desengaño un día  
La venda misteriosa a su confianza  
Le mostró con sarcástica ironía  
La tumba de un amor y una esperanza.

Entonces vió las flores de la vida  
Marchitarse y caer hoja por hoja,  
Y su alma atribulada y confundida  
Por la primera vez sintió congoja;

Sintió intenso dolor;—desnuda y fea  
Columbró la espantosa realidad,  
Y empezó a presentir su ilusa idea  
Que todo bajo el sol es vanidad.

Porque la vida es intrincada ciencia  
Que penetrar la juventud no puede;  
Patrimonio fatal de la experiencia  
Al tiempo solo sus verdades cede.

O más bien es un libro misterioso  
Que revela al mortal en cada día

Un desengaño amargo y doloroso,  
Y su postrer arcano en la agonía.

De ese libro una página leyerá  
Los ojos al abrir de la razón;  
Por eso la esperanza renaciera  
En su joven y ardiente corazón.

Por eso audaz, aunque el dolor le oprime,  
Ambiciones en sí sintiendo extrañas,  
Va a buscar esa incógnita sublime  
Que encierra el porvenir en sus entrañas.

Mas no lo mueve amor de la belleza;  
Yerta está esta pasión; otras más hondas  
Hierven confusamente en su cabeza  
Como en el mar las incansables ondas.

Pasó para él la edad de los amores,  
De las frívolas ansias y placeres;  
Porque apuró congoja y sinsabores  
En el labio fatal de las mujeres.

Hoy anhela sondar su inteligencia  
La natura, y el hombre y la verdad,  
Y en las gigantes obras de su ciencia,  
En su vida estudiar la humanidad;

Hoy si es vana la ciencia ver procura;  
Si el error es del hombre patrimonio;  
Si del progreso suyo y su cultura  
Ha dejado en los siglos testimonio.


Si el árbol de la ciencia es el de vida,  
Y el fruto suyo el inefable bien;  
O si la muerte en él está escondida  
Como en el bello y tentador Edén.

Quién sabe si él bien alto encontraría,  
La lumbré que buscaba su razón,  
Si recobró la paz y la alegría  
Su triste y borrascoso corazón.

Si en la rígida escuela de los años,  
Del pensamiento noble en el labor  
Otra cosa aprendió que desengaños,  
Recogiera otro fruto que dolor.

O si ya libre de congoja y luto,  
Al volver a su patria, rico en ciencia  
De la ilustrada Europa y experiencia  
A ofrecerla su amor y su tributo,

Perdió toda esperanza ; y lanzaría,  
Viéndola agonizar entre las manos  
De imbéciles y bárbaros tiranos,  
Maldición de despecho en su agonía.



# **Elvira o la novia del Plata**

**A D. J. M. F. (1)**

**Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo,  
MORATIN**

**Tis said that some have died for love.  
WORDSWORTH.**

---

**(1) Doctor D. José María Fonseca.**

## I.

Belleza celestial y encantadora;  
Inefable deidad, que el mundo adora,  
Que dominas el Orbe y das consuelo,  
Inspirando con pecho generoso  
El sentimiento tierno y delicioso  
Que prodigóte el cielo.

Hora te invoco: favorable inspira  
El canto melancólico a mi lira,  
De amor y de ternura,  
Y un nuevo lauro a mi triunfal corona  
La Beldad ciña Númen de Helicon  
De mirto y rosa pura.

Alza gozoso tú, casto Himeneo,  
Y halagüeño el semblante, que ya veo  
A tus humeantes aras  
Con rubor acercarse tierna y bella  
A consagrarte tímida doncella  
De amor primicias caras.

Cándidos y amorosos corazones  
En tu altar sacrosanto nunca dones  
    Más puros ofrecieron,  
Para volver a tu deidad propicia,  
Y del tálamo dulce la delicia  
    Gozar que pretendieron.

## II.

La aureola celestial de virgen pura,  
El juvenil frescor y la hermosura,  
Los encantos de Elvira realzaban,  
Dando a su amable rostro un poderío,  
Que encadenaba luego el albedrío,  
De cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,  
Y de su pecho sólo se exhalaban  
Inocentes suspiros,  
Hijos del puro y celestial contento,  
Que de las dulces ansias vive exento  
Del amor y sus tiros.

Mas vió a Lisardo y palpitó su pecho  
De extraña agitación, y satisfecho  
Se gozó enardecido,  
Cuando de amor arder la viva llama,  
Que con dulce deleite nos inflama  
Sintió, no apercibido.

Como la planta que al Favonio aspira,  
Que en torno de ella regalado gira,  
    Nueva existencia siente;  
Así Lisardo al ver de su querida  
El amante cariño, nueva vida  
    Sintió en su pecho ardiente:

El noble orgullo dominó su alma,  
Del que adornado de triunfante palma  
    Se avanza entre despojos,  
Y un mundo de risueñas ilusiones,  
De esperanzas felices y ambiciones,  
    Se reveló a sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,  
Y fácilmente con amor cautiva  
    La beldad inocente,  
Cual céfiro apacible con su arrullo  
Halagando a la rosa en su capullo  
    Meliflua y dulcemente;

Así el amor el sentimiento inspira,  
Y así Lisardo el corazón de Elvira  
    Poseyó satisfecho:  
Amáronse, y creciendo su ternura

Apuraron delicias de ventura  
Con inocente pecho.

Así pasaron en amantes juegos  
Largo tiempo felices, y sus fuegos  
Y su pasión crecieron;  
Uno era su sentir; y cual hermanas,  
Con inefable hechizo, soberanas  
Sus dos almas se unieron.

### III.

Tú serás mía,  
Tierno decía  
Lisardo a Elvira;  
Aunque el destino  
Cierre el camino  
De mi ventura,  
La pura llama  
Que al sol inflama  
Antes, Elvira,  
Que mi ternura  
Se extinguirá.  
Serás mi esposa,  
Y el Himeneo  
Nuestro deseo  
Satisfará;  
Que aunque el destino  
Cierre el camino  
De mi ventura,  
La llama pura  
De mi ternura  
No extinguirá.

#### IV.

Así Lisardo de su dulce amiga  
La esperanza halagüeña alimentaba,  
Y con ardua fatiga  
El campo de las ciencias exploraba,  
Para volver al hado más benigno,  
Y arrancando un favor a la fortuna,  
Que contraria le fué desde la cuna,  
De su mano y amor hacerse digno.  
En tanto una mirada de sus ojos,  
De su boca risueña un dulce beso  
Hurtado a la inocencia entre sonrojos,  
Aligeraban de su afán el peso,  
Y llenaban su ardiente fantasía  
Con la imagen feliz y encantadora  
Del venturoso día,  
En que triunfando su pasión constante  
Del ingrato destino,  
Apurase en el tálamo divino  
Las caricias y halagos de su amante.

## V.

Era de primavera un bello día,  
Cuando el sol en la esfera  
Más rutilante y majestuoso impera;  
Cuando el campo se viste de verdura,  
Y risueña y brillante la natura  
Ostentando su fuerza y lozanía,  
Nos convida al placer y la alegría.  
En el jardín ameno,  
Que vió nacer sus plácidos amores,  
Respirando el aroma de las flores,  
Y a la sombra sentada  
De una fresca enramada,  
Elvira recorría en su memoria  
La deliciosa historia  
De sus amores, y la vez primera,  
Día también de riente primavera,  
En que a Lisardo vió, y estremecida  
Se sintió palpitante  
Su corazón amante;  
Y en tan dulces recuerdos embebida

De gozo suspiraba,  
Y su angélico rostro se animaba,  
Mostrándose más bello  
Con el fugaz destello  
Del júbilo que en su alma rebosaba;  
Mas vagó de repente  
En su risueña mente  
Como triste y fatal presentimiento:  
Oscureció el pesar su alegre frente,  
Y así cantó con melodioso acento:

## VI.

“Creció acaso arbusto tierno  
A orillas de un manso río,  
Y su ramaje sombrío  
Muy ufano se extendió;  
Mas en el sañudo invierno  
Subió el río cual torrente,  
Y en su tímida corriente  
El tierno arbusto llevó.—

“Reflejando nieve y grana  
Nació garrida y pomposa  
En el desierto una rosa,  
Gala del prado y amor;  
Mas lanzó con furia insana  
Su soplo inflamado el viento,  
Y se llevó en un momento  
Su vana pompa y frescor.

“Así dura todo bien;  
Así los dulces amores

Como las lozanas flores  
Se marchitan en su albor;  
Y en el incierto vaivén  
De la fortuna inconstante,  
Nace y muere en un instante  
La esperanza y el amor.”

## VII.

Cuando el triste infortunio nos amaga  
Su imagen melancólica divaga  
Cual sombrío fantasma ante los ojos,  
Y como si temiera sus enojos,  
A su pesar el corazón empieza  
A presentir el mal en la tristeza.  
Así pensó Lisardo, que escuchaba  
Con asombro y encanto  
De Elvira el triste canto;  
Y acongojado y con inciertos pasos  
A consolar su pena se acercaba;  
Mas viólo Elvira, y se arrojó en sus brazos,  
Hechizadas sus bocas se encontraron,  
De júbilo sus pechos palpitaron,  
Y en deliquios de amor, dulces abrazos,  
Mundo, pesar, temor, todo olvidaron.  
¡Quién a mi lira o a mis versos diera  
La fragancia amorosa y hechicera,  
Que en la mansión de amor se respiraba;  
O a mi marchito corazón el fuego,

Que en días más felices lo animaba!...  
Más angélica nunca y rozagante,  
Mas amable, más tierna, más hermosa,  
Más llena de atractivo y amorosa  
Se mostró Elvira a su feliz amante.  
Angel, astro benigno, o clara estrella  
Nunca resplandeció más pura y bella  
A los ojos del triste caminante.  
El jazmín albo y la purpúrea rosa  
Con su matiz brillante,  
Disputaban el premio a los sonrojos  
De realzar sus cándidas mejillas  
Y languidez amable de sus ojos  
El fuego moderaba,  
Y su dulce atractivo revelaba;  
Mientras que de su sien por las orillas  
En madejas ondeantes  
Sus cabellos airosos se extendían  
Y cual oro entre perlas relucían.  
Un fuego devorante  
Corría de Lisardo entre las venas  
Al apurar de Elvira las caricias,  
Y nadando en delicias  
Palpitar se sentían sus dos pechos.  
Sus ardientes suspiros se mezclaban,

Y sus trémulos lábios se àbrasaban  
En mutuo fuego... ¡Celestial deleite,  
Extasis del amor, dulces primicias  
De la ternura fiel y encantadora!  
¡Cuán gratos sois al corazón que adora!  
Lisardo rebosando  
De júbilo y ternura  
Le dijo: "Amiga, compasivo el cielo  
Al fin colma mis votos y mi anhelo;  
La fortuna enemiga, que en su infancia  
Con envidia ¡miró nuestros amores,  
Ha cedido por fin a mi constancia,  
Aunque con mano àvara, sus favores;  
Y tu feliz amante  
A par su mano en holocausto digno  
Puede ofrecerte un corazón constante.  
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mío,  
Que al amor yo consagro, pues benigno  
Su activo fuego al corazón dió brío.  
El me inflamó: su abrasadora llama,  
Cuando miré tu perfección divina,  
Y consagré a su culto mi albedrío,  
A mi existencia dió una nueva vida,  
Y me inspiró a la par del sentimiento  
El tierno y generoso pensamiento

De idolatrarte esposa,  
De ser feliz, y hacerte venturosa.  
Unida a tu existencia está la mía  
Por siempre, Elvira, desde aqueste día.  
Este anillo nupcial ligue propicio  
Con lazo indisoluble nuestros seres,  
Hasta el día feliz en que Himeneo  
Ante el ara sagrada  
Consagre nuestra unión entre placeres.  
Corra el tiempo veloz anonadando  
Cuanto encuentre en su rápida carrera;  
Yo nada temo su terrible mando,  
Pues cuanto adoro, y cuanto amé poseo.  
Prodigue la fortuna sus favores  
Al que anhele riquezas o victorias,  
Que Lisardo feliz ya nada espera  
De su vaivén, ni ambicionó más gloria  
Que ser querido, idolatrar a Elvira,  
Consagrarle su vida y sus amores.  
Nuestras almas, Elvira, abandonemos  
A los transportes del amor supremos;  
Huya de tu halagüeña fantasía  
La imagen del pesar; su saña impía  
Ya no puede alcanzarnos, pues que unidas  
Nuestras dos almas vivirán por siempre.

Durará nuestro amor; ya la esperanza  
Nos sonríe halagüeña,  
Y la senda florida nos enseña,  
Por do a su fin declinen nuestras vidas  
En calma siempre y próspera bonanza.  
Nuestras almas, Elvira, abandonemos  
A los transportes del amor supremos,  
Al júbilo, al placer y a la alegría,  
Tuyo por siempre soy, y tu eres mía.  
Mas ¿qué pesar recóndito y tirano  
Acibara tu gozo, Elvira mía?  
¿Por qué tristes tus ojos y sombríos  
Esquivan mis miradas? ¿Por qué vuelves  
A otra parte su encanto soberano,  
Y no secundas los transportes míos?”  
“Mi corazón, mi vida, mi albedrío,  
Toda yo tuya soy, Lisardo amado;  
Y aunque el destino airado  
Separe acá en la tierra nuestra suerte,  
Anonadando nuestra gloria impío,  
Tuya seré triunfando de la muerte.  
Mas no sé qué fatal presentimiento  
Acibara hoy mi dicha y mi contento,  
Y en secreto me dice: “Tus amores  
Finarán pronto, Elvira, y tu ventura;

Del tálamo halagüeño  
El éxtasis de amor y de ternura  
No gozarás en brazos de tu dueño;  
Porque el amor y la esperanza es sueño,  
Y cual la flor del campo sólo dura.”  
Yo no sé qué fantasma nos rodea  
De infortunio y pesar, y nuestras glorias  
Amaga devorar en un momento.  
Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro  
Ante el ara de Dios, y el simulacro,  
Va a unirme a tí con título de esposa,  
Y vacila mi planta temerosa,  
Cuando anhelante el corazón desea.  
Impresa aun en mi mente veo y siento  
La imagen de fantasma tenebrosa,  
Que anoche vino a mi tranquilo lecho  
A conturbar y acongojar mi pecho.

## VIII.

“Yo ví en mi sueño  
Dos corazones  
De amor ufanos  
Y juventud,  
Que se buscaban  
Como atraídos  
Por un hechizo  
De gran virtud.

El Himeneo  
Iba a enlazarlos  
Con el anillo  
Del puro amor,  
Y ellos ardientes  
Se encaminaban  
A la ara augusta  
Del sacro Dios:

Mas de repente  
El negro brazo

De un esqueleto  
Que apareció,  
Su mano en medio  
De los dos pechos  
Puso, y con furia  
Los separó.

Unirse ansiosos  
Buscaban ellos,  
Ardiendo en fuego  
Del puro amor;  
Pero la mano  
Los separaba,  
Interrumpiendo  
Su dulce unión.

Tocólos luego:  
Los corazones  
Se marchitaron  
Como la flor,  
Y en el semblante  
Del negro espectro  
Turbia sonrisa  
Fugaz vagó."

“Esas tristes imágenes olvida,  
Visiones de la mente en desvarío;  
Huya de tu halagüeña fantasía  
La sombra del pesar, Elvira mía,  
Pues tu destino al mío,  
Colmando nuestros votos y deseo,  
Va a unir por siempre plácido Himeneo.  
Nuestras almas, Elvira, abandonemos  
Al júbilo, al placer y a la alegría,  
A los transportes del amor supremos:  
Tuyo por siempre soy, y tú eres mía.”

## IX.

Lisardo sólo en su campestre albergue  
Los pasos melancólico contaba  
Del tiempo, siempre lentos  
Para el que halaga la esperanza vana.  
La noche era sombría, triste el cielo,  
Y cubierto de nubes, anunciaba  
La tempestad, y sólo por momentos  
La luna melancólica asomaba,  
Como fúnebre antorcha sobre el mundo  
Su amortiguada faz, mientras profundo  
El eco de los vientos resonaba,  
Penetrando con lúgubre silbido  
De Lisardo en la estancia, que transido  
De congoja y terror se estremecía.  
Mil imágenes triste revolvía  
En su agitada mente,  
Y en vez del rostro afable  
De la esperanza riente  
Que otro tiempo en silencio lo halagaba,  
Atónito y confuso solo vía

El de fantasma tétrica y sombría,  
Que su pecho constante  
Del de su Elvira amante  
Con furor separaba,  
Y con ojos de envidia devoraba  
Su gloria, sus amores y ventura.  
Vagando por los aires mustiamente  
Parecióle que oía  
Acento funeral que repetía:  
"Como la flor del campo tierna y pura,  
"Así el amor y la esperanza dura."  
Y el eco de los vientos resonando,  
Penetraba con fúnebre armonía  
En su tranquila estancia, y poseído  
Lisardo de terror se estremecía.

El fatídico bronce sonó la hora  
Fatal de los espíritus malignos:  
Lisardo a su balcón salió impelido  
Al parecer por astros no benignos,  
A contemplar la tempestad sonora,  
Y buscar de sus ansias el olvido;  
Cuando visión nocturna de repente  
Hirió sus ojos, y absorbió su mente.

## X.

Del espeso bosque y prado,  
De la tierra, el aire, el cielo,  
Al fulgor de fatuas lumbres  
Con gran murmullo salieron  
Sierpes, Grifos y Demonios,  
Partos del hórrido averno,  
Vampiros, Gnomos y Larvas,  
Trasgos, lívidos Espectros,  
Ánimas en pena errantes,  
Vanas sombras y Esqueletos,  
Que en la tenebrosa noche  
Dejan sus sepulcros yertos,  
Hadas, Brujas, Nigromantes  
Cabalgando en chivos negros,  
Hienas, Sanguales y Lamias,  
Que se alimentan de muertos,  
Aves nocturnas y monstruos,  
Del profundo turbios sueños,  
Precita raza que forma

De Lucifer el cortejo:  
Todos, todos blasfemando  
Con gran tumulto salieron,  
De infernales alaridos  
Llenando el espacio inmenso.

Y el eco de los vientos penetraba,  
Resonando con hórrida armonía,  
De Lisandro en la estancia, que miraba  
Como pasmado la visión sombría.

Lucifer con cetro y tiara  
Descollaba en medio de ellos,  
Y los demonios cantaban  
Salmos al Rey del averno;  
Mientras fantasmas y monstruos,  
Formando un círculo inmenso,  
Para el sabático baile  
Se preparaban contentos.  
La orgía fatal comenzaba...  
Mas [de repente se vieron  
Centelleando en las tinieblas  
Como serpientes de fuego,  
Que por el aire trazaban  
Este emblema del infierno:  
"El amor y la esperanza

“No son sino un vano sueño.”  
Un espectro entre sus manos  
Dos corazones sangrientos  
Oprimía palpitantes,  
Llenos de amoroso fuego,  
Y con diabólica risa,  
Deleitándose en poseerlos,  
Los unía y separaba,  
Su amor burlando y anhelo.

Y el eco de los vientos penetraba  
Resonando con hórrida armonía  
De Lisardo en la estancia, que miraba  
Como pasmado la visión sombría.

Entre la turba infernal  
Reinó el silencio un momento...  
Cuando de lumbres cercados  
Dos fantasmas parecieron,  
Una virgen bella y joven  
Sobre sus hombros trayendo  
Con las galas adornada  
Del venturoso Himenéo:  
La aparición repentina  
Todos miraron atentos,  
Mientras los torvos fantasmas

Con huesosos largos dedos  
La doncella despojaron  
De sus nupciales arreos,  
Y con la negra mortaja  
Del sepulcro la vistieron:  
Luego entre la turba inmensa  
Todos tres se confundieron,  
Continuaron los aullidos,  
Y los infernales juegos...  
Cantó el gallo en la alquería  
Y con murmullo tremendo  
La turba inferna de sombras  
Se perdió cual humo al viento.

Y el eco de los vientos aplacado  
Penetraba con fúnebre armonía  
De Lisardo en la estancia, que pasmado  
Vió disiparse la visión sombría.

## XI.

En su trono de fuego el Mediodía  
Reinaba rutilante y majestuoso,  
Y Lisardo infeliz desde la aurora  
Sumergido yacía  
En letargo profundo y silencioso.  
Despertó al fin; la fiebre consumía  
Su desolado pecho, y el delirio,  
Monstruo infernal que la razón devora,  
De espantosas imágenes llenaba  
Su ardiente fantasía. Ya la noche  
Se encaminaba en su enlutado coche  
Por el opaco empíreo, y anunciaba  
Encapotado el cielo  
A la tierra infeliz nuevas escenas  
De tempestad y duelo;  
Cuando molesto y grave  
Bajó el sopor a adormecer sus penas.

Pero a atormentarlo entonces  
Vino la turba de engendros,

Y tenebrosas visiones  
Que aborta en la noche el sueño.  
Contemplaba ora pasmado  
Bajo del nocturno velo  
La precita muchedumbre,  
A la orgia inferna acudiendo;  
Ora por el aire vago  
Como serpientes de fuego,  
Trazando emblemas fatales  
De desolación y duelo;  
Ora entre sus secas manos  
Un descarnado esqueleto  
Oprimiendo palpitantes  
Dos corazones sangrientos;  
Ora dos negros fantasmas  
Sobre sus hombros trayendo  
Engalanado y vestido  
De una doncella el espectro.  
“Elvira, Elvira,” Lisardo  
Agitándose en su lecho  
Exclamó entonces, y “Elvira”  
Repitió lánguido un eco.  
“Dadme a mi esposa y mi vida,  
Horrorosos esqueletos,  
Dadme a mi Elvira” y “Elvira”  
Por los aires repitieron.

Calló Lisardo: una antorcha  
Brilló con fulgor incierto  
En la puerta de su estancia,  
Y vió al pálido reflejo  
¡Oh terror! ¡oh encanto! a Elvira  
Acercarse a pasos lentos  
De alba túnica vestida,  
Suelto el dorado cabello.  
“Elvira, Elvira, mi esposa,”  
Exclamó entonces de nuevo  
Transportado de alegría,  
“¿Cómo es que a esta hora te veo?  
“Ven a mis brazos, querida,  
“Ven a mi amoroso seno,  
“Y disipa las angustias,  
“Que por tí sufre mi pecho.  
“¿Por qué tan lánguida te hallas,  
“Hermosa flor del desierto?  
“¿Es que el rigor has sufrido  
“De algún inflamado viento?  
“¿Por qué tus ojos se fijan  
“Sobre mí mustios y yertos,  
“Del dulce encanto desnudos,  
“Y del amoroso fuego  
“Que hechizaba mis sentidos

“Y mis potencias a un tiempo?  
“Algún pesar inhumano,  
“Algún cuidado secreto  
“Envidioso de tu dicha  
“Roe tu inocente pecho,  
“Mi Elvira, y sobre tu rostro  
“Vierte su infausto veneno.  
“Ven a olvidar tus congojas,  
“Ven a mi amoroso seno,  
“Ven, idolatrada amiga,  
“Que ya plácido Himeneo  
“Ante el ara sacrosanta  
“Consagró nuestros afectos.  
“Pero ¡oh placer! ¡oh delicia!  
“Elvira mía, aun te veo  
“Con las galas adornada  
“Del venturoso Himeneo.  
“Deja esas joyas preciosas,  
“Deja ese rubor secreto  
“Que la inocencia te inspira;  
“Ven a mi amoroso seno,  
“Ven, Elvira, y venturosos  
“A los transportes supremos  
“Del tierno amor nuestras almas  
“Sin temor abandonemos.”

De Lisardo a los trasportes  
Cual si fuera mármol yerto  
Yacía Elvira, guardando  
Mudo y tétrico silencio.

“Muerta al placer és tu Elvira,  
Lisardo, que el mismo fuego  
Que corría en sus entrañas,  
Ha devorado su pecho.  
Una ley fatal temprano  
Ha congelado en mi cuerpo  
La sangre que por tí ardía,  
Pero no ha helado mi afecto;  
Y esta misma ley me obliga  
A sofocar en el seno  
Mi pasión, y cuanto encierra  
Por tí de amoroso y tierno.  
Pero el vigor inhumano  
Yo he burlado de su imperio,  
Y cual sombra de la noche  
A verte, Lisardo, vengo:  
Mi alma a la tuya está unida  
A pesar del hado adverso  
Con los inefables lazos  
Del amor y el Himeneo.”

Calló Elvira: misterioso  
Reinó el silencio de nuevo  
Y suspiros amorosos  
Interrumpidos se oyeron.

“Frío está, mi dulce amiga,  
“Como la nieve tu cuerpo;  
“Tendré el poder de animarlo  
“Con mis inflamados besos,  
“Aunque despojo insensible  
“Fuera del sepulcro yerto.

“Corred torrentes,  
“De amor ardientes.

“¿Cómo me inflama  
“Toda la llama

“De amor, no sientes?”

El voluptuoso delirio  
De amor lo transporta luego,  
Y las caricias y halagos  
Pábulo dan al incendio.  
“¡Oh! qué delicia! ¡Oh qué encanto!  
“¡Oh que deleite supremo,  
“Del objeto idolatrado  
“Sentir palpar el pecho;  
“Beber amor de sus labios,  
“Bañarse en halagos tiernos!

“Corred torrentes,  
“De amor ardientes.  
“¿Cómo me inflama  
“Toda la llama  
“De amor, no sientes?”

“Mas ¡oh terror! yo deliro...  
“Trémula Elvira, te siento,  
“Insensible a mis halagos  
“Cuando yo todo me enciendo.  
“El casto rubor sin duda  
“Vierte en tu sangre su hielo.  
“Déjame ser venturoso...”

“Joven insano ¿qué has hecho?  
Ya para tí se acabaron  
Amor, esperanza y sueños  
De felicidad y dicha:  
Has abrazado a un espectro!”

Resonó fúnebre entonces  
La hora fatal de los muertos;  
Y de repente en la puerta  
Del silencioso aposento  
Clamó una voz imperiosa:  
“¡Elvira, Elvira, ya es tiempo!”

Despertó Lisardo al punto.  
Y la visión de su sueño  
Como fantástica sombra  
Se disipara al momento.

## XII.

El luminar del día  
Reclinaba su frente  
Serenó y majestuoso en Occidente,  
Y fugaz el crepúsculo esparcía  
Melancólico velo sobre el mundo.  
Multitud silenciosa y pensativa  
En rededor de un féretro marchaba,  
Donde mortal despojo se veía  
Cubierto con el cándido ropaje  
De la inocencia, y en su sien ceñida  
De azucenas y violas amorosas  
Corona virginal, aún no marchita.  
Mas de repente en medio del concurso  
Un joven se arrojó: tendió su vista  
Sobre aquel ataud, y repitiendo  
Con grito de dolor "Elvira, Elvira,"  
Exánime cayó en el duro suelo  
Con pasmo de la triste comitiva.

Así se desvanece la esperanza  
Que dió un instante a la existencia vida,  
Y el encanto de amor y la hermosura  
Como flor del desierto sólo dura.

---

# INDICE

	Pág.
Esteban Echeverría . . . . .	4
Estudio crítico, por Pedro Goyena . . . . .	7

## La cautiva

Primera parte.—El desierto . . . . .	17
Segunda parte.—El festín. . . . .	27
Tercera parte.—El puñal. . . . .	41
Cuarta parte.—La alborada . . . . .	57
Quinta parte.—El pajonal. . . . .	63
Sexta parte.—La espera . . . . .	71
Séptima parte.—La quemazón . . . . .	77
Octava parte.—Brian . . . . .	87
Novena parte.—María. . . . .	101
Epílogo . . . . .	117

## La guitarra o primera página de un libro

Primera parte. . . . .	125
Segunda parte . . . . .	155
Tercera parte . . . . .	187
Cuarta parte . . . . .	205

---

**Elvira o la novia del Plata**

	<b>Pág.</b>
I . . . . .	219
II . . . . .	221
III . . . . .	224
IV . . . . .	225
V . . . . .	226
VI . . . . .	228
VII . . . . .	230
VIII . . . . .	236
IX . . . . .	239
X . . . . .	241
XI . . . . .	245
XII . . . . .	253